

Trabazón sobre la libertad y la belleza

Alfonso Pérez de Laborda

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

MADRID

www.apl.name

RESUMEN Para que pueda haber criatura libre, el hombre, la naturaleza porta en ella misma un ámbito de pre-libertad abierto en la fluición evolutiva de la dinamicidad de la materia. Y la libertad del hombre, él mismo, está abierta a la incorporación de grados de libertad. El hombre, criatura material y libre, está inmerso en una belleza fundante y, a la par, por medio de sus actos libres puede ir desembocando en el ámbito real de la belleza. Belleza que se dona, que sale atractivamente al encuentro, por mediación de lo material y que el contemplador/veedor acoge sentientemente gracias también al ministerio de aquella.

PALABRAS CLAVE Creación, libertad, materia, fin, belleza, atracción, creatividad, bien, mal.

SUMMARY *In order that the man can be a free creature, the nature carries in itself an open pre-freedom field in the evolutionary fluxion of the dynamicity of matter. And the freedom of man is open to the incorporation of levels of freedom. The man, material and free creature, is immersed in a founded beauty and, at the same time, through his free acts he may end in the real field of beauty; beauty that gives itself, through the material world, and that the beholder receives thanks to the beauty's aim.*

KEY WORDS *creation, freedom, matter, end, beauty, attraction, creativity, good, evil.*

I. ALGUNAS NOTAS QUE DAN TRABAZÓN AL DISCURSO SOBRE LA LIBERTAD

Punto de comienzo de esta reflexión será la siguiente: hay libertad, seremos libres, si la materia es libre. No voy a pensar ahora, faltaría más, que la materia es consciente —nosotros sí, que somos seres carnales, es decir, cuán materiales— y que toma decisiones y tiene un comportamiento electivo y busca el amejoramiento; que sea un ser ético. Pero sí voy a intentar ver de qué manera la materia tiene cabe sí grados de libertad que la hacen impredecible para cualquier ser creado. No entraremos en ver si para su mismo

Creador hay explicación racional y última de su comportamiento, pues este es dirigido por él. La razón de esta certeza es clara: ni soy vicediós ni concedo esa plaza a ninguno de mis semejantes de hoy o de mañana, por muy científico que sea.

Todo va a partir de aquí: en el principio, en un acto originario de su voluntad, Dios crea la materia en su dinamicidad; el mundo en su dinamicidad. Una materia siempre dinámicamente informada; desde su misma creación, y siguiendo la voluntad sostenedora de quien la creó. Nada de un momento de mera mecanicidad al que luego se le habrá de añadir por lo externo fuerza alguna. En este acto originario están dadas las cuatro internalidades del mundo: espacio, tiempo, 'geometría' [matematicidad podríamos decir también], y legalidad.

El juego de las cuatro internalidades se va hilachando mientras aparecen en sorprendente persistencia puntos de discontinuidad. Momentos de bifurcación del árbol de la evolución que se da desde el acto primero de la creación, en cuyas bifurcaciones el camino tomado era impredecible. Surgen en ella nuevos grados de libertad. La fluxión de la materia no es reductible a mera predeterminación. No está determinada de antemano por ningún ser razonable como nosotros. Escapa a nuestras explicaciones y comprensiones. No es adivinable.

Seguiremos el hilo de la libertad. La cuestión estará ahora en ver cómo, desde el comienzo de lo que es el mundo en el acto mismo de la creación, en la dinámica evolutiva de la materia con sus cuatro internalidades, se va abriendo lugar para la creatividad; por ejemplo, por pequeños cambios en lo que se llaman las condiciones iniciales. Lo decisivo está en que al llegar a un punto bifurcativo de la fluxión evolutiva no es posible prever el camino que va a ser tomado. Si hubiere esa previsión adelantada significaría: lo que acontece está predeterminado. Mas acabo de poner una frase sin sujeto. ¿Quién no es capaz de hacer esa previsión? Nosotros. Ninguno de nosotros, ni hasta el momento ni en lo que prevemos del futuro. ¿Dios? Mi razón no alcanza para tanto. Lo vuelvo a decir, no soy vicediós y no tengo gana de dar por bueno al primero que me diga que él, o los suyos, sí lo son. Ahí hay trampa evidente y de toda certeza. Sin embargo, está claro que la fluxión evolutiva no discurre por caminos de irracionalidad. Hay en ella ansia de ser moldeada por el logos. Si no fuera así, no podríamos encontrar respuestas teñidas de

racionalidad a preguntas racionales; las que nosotros planteamos al mundo y a sus cosas.

Para adentrarnos, pues, en el hablar de la libertad, de nuestra libertad, no podemos descartar ese ámbito de pre-libertad que se le abre a la naturaleza en la fluxión evolutiva de la dinamicidad de la materia. ¿Cómo? Es interesante aquello que pensaban los materialistas antiguos, lo que llamaron el *klinamen*. En un de pronto, en el caer y caer de todos los átomos como manta de agua en la que cada gota sigue a la anterior, siempre en trayectorias en línea recta que no se tocan, uno de los átomos tiene un pequeño desvío, simplemente infinitesimal, y se provoca un enorme rebullicio de infinitos entrechocamientos.

Se puede decir, quizá, largo me lo fiáis. Es verdad, pero no acabo de ver de qué manera cabría en nosotros la libertad, hablar de ella, si antes no se hubiera dado en la dinamicidad de la materia un arrebatador ámbito de creatividad imprevisible; si ya ella no tuviera ínsita en las realidades de su fluxión en la flecha del tiempo la existencia de novedades. Novedades imprevisibles para nosotros, los seres materiales conscientes, capaces de estudiar y ver de cerca esa previsibilidad; los únicos seres mundanales que disponen de esa capacidad. Y disponemos de esa capacidad, nosotros, seres también mundanales, porque también nosotros crecemos en ese ámbito de creatividad imprevisible que se da en la dinamicidad de la materia; que se ofrece, pues, en la naturaleza. ¿Ángeles?, ¿Dios? Queden fuera de nuestra reflexión, por ahora, no sea que todo se nos embrolle.

Somos seres con predisposición a la libertad. ¿Qué puede significar esto? Una cosa clara, para comenzar. El nuestro no es un mundo de estrictas y obligatorias mecánicas, un mundo de legalidad predeterminativa, en donde todo está previsto de antemano, en el que, en un de pronto, desde fuera de lo mundanal, se le da espíritu o alma o consciencia o como quiera llamarse. Como si en nosotros, seguramente por un segundo actuar del Dios creador, se insuflara un cógito pensante a lo que es hijo predeterminado de un ser mecánico estrictamente determinado. Y no me digáis, ¿cómo alegas esto, tú que te soplas como leibniciano? Predeterminación, de haberla, solo se daría en la mente de Dios, pero jamás en la nuestra. Y si entramos en esta discusión, es mucho más inteligente pensar que el Dios creador haya pergeñado las cosas de manera que en su misma dinámica de fluxión todo venga a darse

como fruto de la conjunción asombrosa de las cuatro internalidades y de lo que llamé las condiciones iniciales. Estas son posibles predisposiciones —por utilizar la vieja palabra, infinitesimales klinámicos—, las cuales, caso de contar con leyes estrictamente predeterminativas —lo que no creo—, dejan una capacidad inaudita de comportamientos imprevisibles —con imprevisibilidad absoluta desde esas cortejadas leyes predeterminantes.

Todos los seres mundanales se mueven en ese ámbito, pues ínsito en la misma fluencia dinámica de la materia. Pero no todos disfrutan de igual modo de este, llamémosle así, ámbito de libertad, mejor estaría decir ámbito de pre-libertad. Hay una cadena de predisposiciones que fluye con esa dinamicidad de la materia; pero esto no significa que las galaxias no tengan comportamiento galáctico y que sus movimientos infinitesimales klinámicos vayan a desembocar acá y allá, por todo el amplio universo, en lo que ha acontecido en el planeta tierra, dando origen a lo que nosotros somos. Ahora bien, si las galaxias no tuvieran predisposición a que en ellas pudiera aparecer el agua, por ejemplo, eso significaría que en nuestra galaxia, en la cual está el sistema solar en una de sus esquinillas, no hubiera podido darse el agua. ¿Por qué la diferencia? Puede deberse a disposiciones infinitamente pequeñas en la geometría de la sopa primigenia —como la llamaban al comienzo, cuando se ideó la teoría de la explosión inicial—, que se dieron en un pequeñísimo lugar. Puede deberse a que el azar ha llevado a que el agua creada en la profundidad de las galaxias solo ha encontrado dónde ser conjunto estable de moléculas líquidas en unos pocos lugares del universo por cuestiones de temperatura y de presión de las atmósferas respectivas. ¡Yo qué sé, que nos lo digan los científicos!

Si no se llegan a dar tales actos de pre-libertad de la dinámica fluyente de la materia, producida en el acto de la creación, no seríamos.

No estaríamos acá. Pero eso todavía no hace sino ponernos unas bases necesarias para que la libertad pueda darse en nosotros. En la dinamicidad de la materia que viene ofertada desde el acto originante de la creación se dan predisposiciones, de manera que quepa el surgir de ámbitos de libertad; si no, estos ámbito ni hubieran existido nunca ni existirían jamás. Mas todavía debe darse algo decisivo: que quepa en nosotros la libertad y, además, que se dé en nosotros su ejercicio. Nos quedaría, pues, mucho camino por recorrer aún para llegar a la libertad como acto de mejoramiento o de apeoramiento.

Porque la libertad es en nosotros un ejercicio de actuación. No vale solo con que ahora hablemos de predisposiciones, diciéndonos cómo nosotros, al igual de las galaxias, vivimos en ámbitos libertarios, en los cuales nos caben condiciones iniciales que nos hacen variar y adoptar actitudes no previsible por quien nos mire desde fuera. Bueno, ya lo sabemos, ese alguien siempre sería uno de los nuestros. Apostamos en nuestro decir por una libertad de actuación: no estamos obligados a ningún comportamiento. Obligados por naturaleza, es decir, eso que podríamos pensar como comportamiento libertario, en realidad, no es sino adecuación de él a lo que se nos da en obligada manera de ser; se nos da por naturaleza. La naturaleza, así, nos posibilita la libertad; a nada nos obliga en nuestros comportamientos. Es verdad que podemos saltar, y eso hace que nuestra sombra se desligue de nosotros, pero solo será por unos instantes, mientras nos dure el salto. No es desvinculándonos de nuestra naturaleza como nos hacemos capaces de libertad. Recuérdese lo que me gusta repetir: la gravitación universal newtoniana, pesante naturaleza para nosotros, sin embargo, es la que nos permite caminar hacia donde queramos.

Aparece, pues, algo nuevo y sorprendente: el querer. Tenemos capacidad de querer. De querer esto o aquello; de querer a este o a aquel. Si no tuviéramos tal capacidad, no seríamos libres. Por eso digo que la libertad tiene que cabernos dentro de nosotros mismos, con lo pequeños que somos; mientras que, sin embargo, no cabe en la inmensidad de una galaxia. El comportamiento de la galaxia es previsible, con la enorme salvedad del klinamen que genera ámbitos de predisposiciones libertarias. La galaxia no dirige su existencia. Se limita a ser como le toca. Nuestro comportamiento no siempre es previsible. Si lo fuera, no seríamos nosotros quienes dirigiéramos nuestra vida. En las galaxias o en los hipopótamos no cabe la libertad. En nosotros sí. Acepto, cómo no, que las galaxias y el hipopótamo se mueven en un ámbito libertario, para llegar al cual ha debido darse una conjunción fastuosa y creciente de cumplimiento de predisposiciones, como vamos viendo; pero en nosotros se da algo inconmensurablemente mayor, pues nosotros tenemos consciencia. Somos seres de consciencia. Los únicos en poseer esa amplitud inaudita de la consciencia. Ni las galaxias ni los hipopótamos disponen de ella. No son seres mundanales de consciencia. Nosotros, sí. Me refiero, claro, no a unos como gérmenes de consciencia que, no cabe duda, el hipopótamo tiene —faltaría más, siendo uno de nuestros más grandes hermanos

animales—, sino a ese desplegar sorprendente, inaudito, único, de esa consciencia que nos hace hablar a lengua suelta de galaxias e hipopótamos —¿hablan de nosotros estos seres mundanales?, lo dudo—; porque, lo llevamos muy visto: nosotros, y solo nosotros, somos seres hablantes, somos carne hablante. Nosotros, y solo nosotros, somos racionales. Nosotros, y solo nosotros, tenemos logos y comprobamos que la dinamicidad de la materia, con sus cuatro internalidades, originada en el acto de la creación, puede ser conocida porque tiene comportamientos racionales. Somos seres de logos.

Centro. Circunferencia. Línea —línea recta, claro. Estas tres palabras sirven para resumir lo que somos. Centralidad de la consciencia. Decisividad de lo circunvalante en lo que somos. Seres erectos en línea vertical, aérea, sobre la línea horizontal del mundo. Seres que miran al cielo y a los ojos de sus semejantes. Y, sin embargo, nunca otra cosa que seres mundanales, por más excepcionales que resultemos. Logos. Carne hablante.

Tenemos esa rara cualidad: seres erectos en perfecta linealidad vertical; no sé si otro animal tiene este privilegio. Precisamente de ahí, de esa verticalidad supina, nace su capacidad de centramiento sobre sí. En la línea recta de lo que somos nace la posibilidad de ese combamiento sobre nosotros mismos, tomándonos como centro. No centro de mera estimulidad, lo que acontece a los demás animales, sino centro de consciencia. La línea recta hace nacer en nosotros el centro. Centro que nada tiene que ver con lo geométrico, mas con el juego sublime de nuestra carne, la cual, por la capacidad que tiene antes de ser carne enmemoriada y carne maranatzada, se hace carne hablante.

La consciencia es capacidad de habla. No porque se confundan ambas, claro, pero sí porque la consciencia es una manera segura de hablarnos a nosotros mismos. Ser consciente es ver, pero ver para hablar. De otro modo los búhos tendrían mejor consciencia. Capacidad de habla es ser consciente de quiénes somos y del lugar que ocupamos en lo mundanal. Porque miramos desde arriba y vemos, junto a nosotros mismos, lo que nos rodea, y dada nuestra capacidad de habla, es decir, de expresar eso que vemos, eso que nos rodea y eso que somos, tenemos centro. Y ese centro es centro de consciencia. Somos conscientes de ser conscientes. Hablamos de nuestra consciencia. Miramos a los ojos de otros que sabemos tienen consciencia como la nuestra, pues también ellos, seres erectos en pura verticalidad como nosotros, poseen centralidad. Centralidad de consciencia. Centralidad de habla.

Centralidad de ser.

La consciencia nos da centro, nos hace seres centrados. Y todo esto lo hablamos. Con nosotros mismos; pero también, y sobre todo, con otros como nosotros, a los que miramos a los ojos. De esta manera el ver se liga con el hablar, y el hablar con el ver. Y porque hablamos, estamos a la escucha. Escucha de lo que nosotros mismos decimos, pero, sobre todo, escucha del otro, ese que tiene los ojos a nuestra misma altura. Seres expresados en el ver y en el ser visto de unos ojos.

De este modo somos centro. Centro de mirada sobre el universo. Así, seremos siempre los miradores de lo mundanal; también sus habladores. Un centro que habla, que escucha, que mira, que es mirado. Porque, es obvio, miramos y vemos el cuerpo, sus gestos, sus ojos, pero el centro de nuestra mirada es la carne, la conjunción de las carnes, el yo.

De ahí, centralidad de nuestro ser. Porque no se desparrama sobre la línea recta físico-geométrica que somos, se centra en lo que es nuestro propio yo, nuestro sí mismo. Centro, centro de sí: un yo. Centralidad de ser. Nuestro ser es el centro de esa conjuntación de cosas que aparentamos ser. Digo aparentamos, pues no somos ni amontonamiento desvinculado ni pura linealidad, sino un ser conjuntado en coherencia de unidad. Descuajeringarse o desdoblarse es caer, quebrado de gravísima enfermedad. Hay centro en nosotros y esa centralidad es esencial en eso que somos, hasta el punto de poder decir de él que somos ese centro, que él es nuestra alma. El juego de las carnes se da ahí, precisamente ahí, en ese centro, en donde está la almalidad de lo que somos.

Lo circunvalante. Porque lo circunvalante actúa en nosotros no de fuerza centrífuga, sino centrípeta. No nos saca de nosotros mismos, alejándonos de lo que somos, quizá determinándonos desde fuera como lo que debemos ser o deshaciéndonos en las puras naderías de la centrifugación hacia lo exterior de nosotros mismos. Antes al contrario, nos ayuda en nuestra centralidad. Mediante ello, en toda su complejidad, nos centra en nuestra propia centralidad. La circunferencia mira a su centro. Porque somos el centro de todo lo que nos circunvala, de lo circunvalante; incluso cuando nos sobrepasa en el exceso. Pues incluso en este caso es exceso, desde lo que vamos siendo, para que seamos más.

Lo circunvalante amasa lo que somos, le da espesor, nos unifica en nuestro ser. Nos da el punto de vista con el que lo miramos, mejor, lo contemplamos, e incluso, cuando podemos, lo manipulamos. Nuestro punto de vista, desde entonces, expresa mundo. Mejor aún, expresa lo que somos con aquellos que tienen sus ojos a nuestra misma altura. Pero se da más aún, mucho más, porque expresa realidad. Como vieron muy bien los filósofos antiguos, el centro dirige sus miradas —sus rayos, sus radios— a todos los puntos de la circunferencia. Infinitos puntos. Por eso, expresa el conjunto entero del mundo, Más aún, digo, expresa realidad.

Lo circunvalante, conformando también lo que somos —no es el único que nos conforma—, nos hace esencialmente seres expresivos. No meros centros cerrados a la centralidad en definitiva exigua de un punto sin ninguna dimensión, pura nada, por tanto, sino puntos —mónadas, por emplear de nuevo el lenguaje leibniciano— que tienen cabe sí el espesor de la infinitud que nos circunvala. Y lo tienen, expresándolo. Aunque solo sea de modo principal, comenzante; de modo desiderativo. Y esa expresividad nos liga a lo circunvalante en ligazón orgánica, pues él nos conforma en esa religación. No somos lo circunvalante, claro es, pero estamos ligados a ello en nuestra expresión. Como cuando alguien que conoció a nuestro padre nos dice: te parece cada día más a él; ese gesto era de tu padre, esa sonrisa era de tu madre. Somos así seres esencialmente expresivos. Expresivos de lo que nos rodea a la vez que, en íntima imbricación, expresivos de lo que somos. Pues nuestra expresividad, siendo cosa nuestra, esencialmente nuestra, es también expresividad de lo que nos circunvala, de lo circunvalante. Expresivo de realidad. Mejor, expresivo de la realidad. No de realidades disjuntas, sino expresivos del fundamento de la realidad.

Podrá pensarse que me he perdido, no hablando ya de nada tocante a la libertad. Pero no es así. Para poder expresarnos sobre ella de verdad, tenemos que pasar por aquellos vericuetos que nos trajimos con los ámbitos de pre-libertad de la misma materia en su dinamicidad, y luego, es decir, ahora, tenemos que desembocar de allá en esto. Centralidad en la que nos combatamos. Centro y circunferencia. Centro de lo que somos y circunvalante de lo que conforma lo que somos. Línea recta de nuestra postura en el mundo, hombres y mujeres erectos y mirando lo que hay, a la vez que mirando a los ojos a quienes son como yo.

Palabra racional, pero también palabra poética, palabra hacedora, palabra creadora, mas incluso puede ser también, no lo olvidemos, palabra engañadora.

En páginas anteriores a estas hay una afirmación que toca a lo de ahora. Somos carne hablante, resultado de la conjunción de la carne enmemoriada y de la carne maranatzada: de ellas procede nuestro hablar, y la razón se da en el habla. Son estas las que dan a la carne hablante la posibilidad y el espesor para convertir gruñidos más o menos desarrollados y gritos o cánticos de marcación de territorio, de saludo y de búsqueda de iguales, en habla; en posibilidad de la propia razón. Sin habla no hay razón; sin razón no hay habla. Nuestra habla es constructora de lo que vamos siendo en esa fluencia que nos estira hacia nuestro ser en plenitud.

Pues bien, con estas perspectivas filosóficas, de una filosofía de la carne, vamos al Génesis para ver cómo expresa la creación del mundo.

Vamos a fijarnos en la interpretación —tan cercana a nuestras cosas— que da Ignacio Carbajosa a los primeros párrafos del Génesis¹. El primer versículo —en el principio creo Dios el cielo y la tierra— lo considera como si fuera el título de lo que viene a continuación, del capítulo entero, por donde resulta que la primera acción en absoluto de Dios dentro del tiempo es la acción de hablar —dijo Dios: ‘Haya luz’, y hubo luz. Nos envía así mismo al salmo 33: por la Palabra de Dios fueron hechos los cielos, pues él habló y así fue. En ambos, la palabra de Dios se presenta como actuante: lo que afirma se hace. La creación no es emanación de Dios, sino la primera comunicación de Dios. Más aún, prosigue, la primera acción divina está dentro de la historia de la comunicación de Dios a los hombres. Y esa palabra es la misma que llamó a Abraham.

La primera acción de Dios es habla, es logos, es razón. Es palabra con estructura de racionalidad. Dios es actante en el mundo y su acción se ofrece, se consigue, se dona en su palabra, por medio de su palabra. Esa palabra es palabra creadora. Solo mostraremos un desacuerdo con nuestro inspirador genesíaco. Parecería que el tiempo debiera quedar fuera de esa palabra, como si fuese algo previo a la propia creación del mundo por la palabra. No creo que sea así, pues el tiempo es una de las cuatro internalidades de la propia

1 En Ignacio Carbajosa, Luis Sánchez Pascual (eds.), *Palabra encarnada. La palabra de Dios en la Iglesia* (Madrid 2008) 39-40.

materia en su dinamicidad fluuyente. La creación por la palabra, por tanto, incluye al tiempo, pero no como cosa previa o independiente de la fluencia creativa que, en el relato del Génesis, comienza con la luz, pues el tiempo consiste en relaciones según un antes y un después de las mismas cosas mundanales creadas.

Si fuera el caso, sería interesante entender el incubamiento o aleteo del segundo versículo como la adecuación de la palabra que va a venir al orden de la racionalidad querida por el mismo Dios creador.

Son muchas las cosas interesantes que nos dicen esas primeras palabras del Génesis para comprender cómo y por qué la respuesta a nuestras preguntas racionales siempre ofrece soluciones también racionales. En ese incubamiento o aleteo se nos ofrece en metáfora-analógica el principio de racionalidad del mundo creado por el Logos, la materia en su dinamicidad fluuyente, en el que mucho después, hoy, se nos dona la libertad.

Dios es actante de la creación por medio de su palabra. Lo que dice se hace. Es, pues, comunicación fuera de sí. El mundo, mal que les pese a todos los newtonianos del universo, no es emanación de Dios en un lugar que él mismo vacía de sí, constituyendo de este modo el espacio y el tiempo, para dejar lugar a lo creado, sino que es comunicación de Dios; la primera de ellas. Así pues, el primer regalo que Dios nos hace. Y este regalo es la materia en su dinamicidad fluuyente. Dinamicidad que conlleva ínsitas las cuatro internalidades. Estas no son un recipiente newtoniano en el que se echa la creación; una creación atomística meramente mecánica a la que luego la mano del mismo Dios añadirá las fuerzas.

En el momento mismo de la creación, si hablamos con la metáfora del Génesis, se incuba todo eso que va a ser comunicado. No hay, por así decir, deliberación de mundanalidades en el seno mismo de Dios, como si este fuera un hacedor-gran-matemático que tiene que planear y ver las mejores soluciones, desechando otras como menos convenientes para lo que busca. La comunicación fuera de sí crea mundo. De una vez por todas. En un magnífico: ya está. Y lo crea, incubándolo, en su extrema complejidad. Por eso, iniciándose el tiempo y el espacio en ese único instante fundador de mundo, del único mundo que hay —sea lo complejo y diversificado que le dé la gana ser, mas siempre donación—, podemos entender ese incubamiento o aleteo como la adecuación de la palabra que va a venir al orden de la racionalidad

querida por el mismo Dios creador. Es entonces cuando, de una vez por todas, se establece la racionalidad de lo que es, por más que se vaya a dar desde ese instante iniciador de tiempo en una increíble dinamicidad fluyente de la materia que entonces es creada. Materia fluyente con sus cuatro internalidades. No un marco en donde se echa la materia, sino constitutivas intrínsecas de ella misma. Pero, cuidado, de ella en su dinamicidad fluyente. Hasta el punto de que, si se quiere, podría confundirse esa misma materia fluyente con sus cuatro internalidades: espacio, tiempo, 'geometría' y legalidad, pues nada se da en la materia fuera de ellas.

Podría pensarse que faltaría lugar para lo que llamo condiciones iniciales, esas, tan importantes, que harán, precisamente, que por más que las leyes fueren determinísticas, los resultados no lo sean. Pero es que estas tienen que ver de manera vehemente con la 'geometría'. ¿Qué hace al agua de lluvia no caer como pedruscos de hielo? Una predisposición del agua a, fijándose en una mota de polvo, solidificarse siguiendo un increíble enramado de direcciones que asegura una microgranulación del agua helada en infinitas líneas distintas, formando unidad de copo de nieve, que va cayendo poco a poco por el efecto paracaídas. ¡Y todo va siendo así!

'Geometría'-predisposiciones-condiciones iniciales. Magnífico juego de esta nueva tríada. Tríada mundanal que provoca los diferentes resultados de la dinamicidad fluyente de la materia que va dando lugar al mundo que vemos y también, cómo lo olvidaríamos, al mundo que estudiamos buscando explicaciones comprensivas.

En ese juego se va trenzando el hecho de los grados de libertad, lo que he llamado pre-libertades y, luego, por fin, el juego poderoso de nuestra libertad, culminación majestuosa de la imposible-posibilidad.

Sin habla no hay razón; sin razón no hay habla. Ambas se dieron en el principiar del mundo.

He esbozado, solo esbozado, lo de la libertad. Lo he hecho yéndome a los principiares. Quizá es demasiado, mas he encontrado interesante intentar vislumbrar cómo, desde la misma originación, el caminar dinámico de todo lo mundanal está marcado por lo racional. No es una evolución de meras e infinitas casualidades que se suceden unas a otras en red de dispersiones estáticas indefinidas. Por curiosos procedimientos encontramos esa palabra: incubamiento. Habiendo dado por logrado el pensamiento de realidades de que

el mundo es creación, acompañados de las asombrosas palabras del comienzo del Génesis, mas sin perder en un solo momento la razón, nos hemos ido al mismo principiar. No un principiar dado en el tiempo, puesto que el mismo tiempo es parte esencial de la dinamicidad de la materia como una de sus cuatro internalidades —la puesta en primer lugar, además—, sino un principiar en el que surge creativamente la fluxión misma de esa dinamicidad; tal es el tiempo.

Esa incubación lo es de racionalidad, de logos. El mundo y sus cosas, desde el mismo comienzo originante, no se da fuera de la racionalidad, fuera del logos. Y ese logos es análogo a nuestro logos, a nuestra propia racionalidad. No digo que nosotros seamos los creadores del mundo o cosa del estilo, pero sí digo que nosotros tenemos la íntima capacidad de ir desentrañando algunos aspectos de la estructura misma de lo que es la fluencia del mundo. Y tenemos esa capacidad, evidentemente, por dos razones, porque el mundo tiene urdimbre racional y porque nosotros somos seres racionales. La ciencia desde su mismo nacimiento se sentó en esta base. Sin ella, nada hubiera sido posible. Si el mundo no tuviera urdimbre racional, de nada nos valdría tenerla nosotros. Si el mundo la tuviera, de nada nos valdría si la nuestra no lo fuera. Recordemos las asombrosas palabras de “a nuestra imagen y semejanza” que se encuentran en esas páginas primerizas del Génesis. Hay algo en nosotros, en nuestra textura misma, que se nos dona para comprender la textura del mundo. Bueno, quizá el “para” que acabo de poner es excesivo, pero ahí queda el acontecimiento de realidad.

Si no hubiera ese paralelismo de urdimbres, esa convergencia de texturas, nada podríamos conocer del mundo; mas tenemos experiencia real de que sí conocemos. ¿Mucho, poco?, ¿todo, solo algo? No importa, lo decisivo es que conocemos.

Aquí es cuando lo del cúmulo de casualidades es una debilidad racional. Un chantaje a lo que de verdad conocemos sobre el mundo. Podría entender que se nos dijera: no sé cómo, pero el hecho es que conozco, y no quiero meterme en más berenjenales. Bien. Pero ¿y si uno quiere meterse en ellos con la única arma que tiene para realizarlo, la razón, pero cuidado, la buena razón, no la obsoleta e inexistente razón de purezas logicificadoras? Entonces encuentra la urdimbre racional de la dinamicidad de la materia. Nuestros esfuerzos alcanzan resultados, al menos algunos resultados. En algo averiguamos la verdad de las cosas, lo que ellas son; sus comportamientos reales.

¿En todo? Claro que no. ¿A qué viene, pues, esconder estos descubrimientos de realidades bajo la capa protectora de que todo es fruto de la casualidad? Sí, bien, pero conocemos leyes, predecimos comportamientos, manejamos espacios y tiempos, inventamos geometrías. En este contexto, hablar de casualidades, de agregación enhebrada de casualidades —pero necesariamente bien diseñadas en su conjunción para que resulte lo que hay—, es poco menos que una broma de niños pera; es una risión.

Porque mi conocimiento es analógico puedo hablar, entre temblores, claro, de incubamiento de racionalidad, que deja ínsita en la dinamicidad del mundo esa urdimbre de logos.

¿Tenemos otra procedencia distinta de la adviniente de tales principiares? No. Somos creaturas de la creación. ¿Seremos, pues, seres predeterminados, o casuales, frutos del mero azar? No, tampoco. Entonces, ¿qué? Debemos resultar seres esencialmente libres. Si no llegamos a ello, en algo fundamental nos hemos confundido.

En la dinamicidad fluyente de la materia, hija del incubamiento de sus urdimbres racionales, se da un profundo juego de creatividades. Desde nuestro conocimiento interno de esa propia dinamicidad, aparecen de continuo novedades imprevistas. ¿Fruto de perennes cambios en la internalidad que llamamos legalidad? No lo creo. En todo caso, no sería necesario. Porque en donde se puede producir el juego de esas creatitvades es en las condiciones iniciales. En cada acontecimiento, en cada bifurcación, como solemos decir, las condiciones iniciales son cambiantes, muy fácilmente cambiantes, pues necesitan un klinamen infinitesimal para que el resultado ya no sea el esperado, si nosotros hemos ido siguiendo la fluxión antes de llegar a esa bifurcación. Mas ¿cómo puede darse esa ínfima variación?, ¿de dónde sale?, ¿quién la provoca? La complejidad del espacio y el tiempo: no en general, sino la complejidad que ahí, de manera precisa en esa bifurcación, se produce. Tendencias y predisposiciones de los átomos espaciales y de los átomos temporales —¿se me permite que los llame así?—, apenas nada, se convierten en cambios de las condiciones iniciales del evento. De ahí que si hubiera un previsor racional —¿quién, sino uno de nosotros?— que viniera siguiendo el camino de la dinamicidad desde aguas arriba, se encontraría con una sorpresa imprevisible: las cosas ahí toman un camino distinto del previsto por el puro seguir de la legalidad tal como la venimos entendiendo, y surge así lo que

llamo la imposible-posibilidad. Cosa pequeña, apenas nada, cierto, pero ofreciéndose en cada bifurcación, al final se dona una asombrosa complejidad de novedades. En el camino de la fluyente dinamicidad de la materia con sus cuatro internalidades, aguas abajo no es lo mismo que aguas arriba. Hay novedad creativa. Aparecen nuevos grados de libertad.

Continuando por esa línea de pensamiento llegaremos nosotros a ocupar nuestro nicho de existencia. Pero no deje de notarse que, entre los seres mundanales, quien ve el proceso solo somos nosotros. Y, es claro, no porque seamos seres bifurcados en dos, y una de nuestras bifurcaciones sea la lista y vea desde fuera las cuestiones tratadas. Esto es un dualismo inaceptable. Somos seres unitarios; somos carne. Pero sí es verdad que en el principiar de lo que nosotros somos —¡que vengan los científicos y nos lo vayan diciendo!— se ha dado una imposible-posibilidad asombrosa. Somos fruto de grados de libertad que ningún otro ser mundanal posee; no los compartimos con ninguno de entre ellos, sean las galaxias, nuestras hermanas materiales, sean los hipopótamos, nuestros animales mayores, mayores en volumen, en fuerza y en esa sorprendente capacidad de nadar y de resistir bajo el agua. Los grados de libertad a los que hemos sido sometidos —maravilloso sometimiento— han hecho posible nuestros juegos triádicos de deseo, imaginación y razón, en primer lugar; de carne enmemoriada, carne marantizada y carne hablante, en segundo lugar; de mundo, cuerpo de hombre / cuerpo de mujer y realidad, en tercer lugar. Veis, por tanto, que aquí se nos ha obrado realidad antropológica todo lo que somos. Todo eso se nos ha hecho imposible-posibilidad, porque, desde los mismos principiares las cosas son como han ido siendo. Las cosas de este mundo que es creación.

¿Intencionalidad-para?, ¿finalidad?, ¿diseño? Qué sé yo, qué más da. No hemos necesitado en ningún momento recurrir a estos conceptos para esbozar cómo se arriba a donde hemos llegado con nuestras rumiosas cogitaciones.

En lo que vengo señalando, el incubamiento es esencial. En el acto mismo de la creación del mundo por el Creador es cuando se da a este esa urdimbre de racionalidad, de logos, que va a ser decisivo en todo el proceso de la dinamicidad fluyente de la materia. He insistido en que no soy vicediós, tampoco ninguno de vosotros, luego no puedo asegurar que en ese incubamiento se da la predeterminación de todo lo que va a ser en

la dinamicidad del mundo. No lo creo. Entre otras cosas porque sería, me parece, un discurrir de Dios como si fuera un gran proyectista. No soy partidario. Me es mucho más interesante que Dios sea Creador y Sostenedor del mundo y de lo que somos, más que un diseñador de altísimo sueldo. No digamos si lo vamos a convertir en algún grandioso Gran Matemático. El haberlo hecho así ha sido el pecado mortal del siglo XVIII, tan interesante por otras luces.

Nos vamos a fijar ahora en lo que nos apareció más arriba: la mónada leibniziana. Mónada expresiva. Expresión del mundo entero en su unidad, en el lugar en donde se halla. Por supuesto, hay mónadas más y menos importantes, ni son en todo lo que les concierne meros átomos materializados.

Siendo las cosas así, sigo dando vueltas a las condiciones iniciales. Esa infinitesimal desviación, *klinamen*, puede ser el resultado de la influencia de algo sobre ella. No es difícil que se produzca ese minúsculo movimiento que parece salirse de lo que debiera, pues todo el universo entero encuentra expresión en la mónada, adecuada al grado de ser de ella, claro es. Cualquier mínimo cambio en el resultado de esa expresividad cambia las condiciones iniciales del acontecimiento, y todo el proceso de la creación de nuevas creatividades aparece al punto. Así pues, por dos caminos encontramos posibilidades de cambio en la condiciones iniciales de un evento bifurcativo. El otro era, no puede olvidarse, el dependiente de los complejos átomos espaciales y de los átomos temporales.

Se puede pensar que esto es cosa complicada por demás. Claro, ¿quién dijo que no es complicado el discurrir de la materia en su dinamicidad desde el acto mismo de la creación? ¿No es el mundo cosa harto enredada y llena de sutilezas? ¿No lo somos nosotros también? Malo sería, pues, que la solución a preguntas sobre estas cosas evolutivas fuera tan sencilla como una regla de tres.

En todo caso, sí me parece que queda esbozado el camino que lleva a considerar como algo real el nicho mismo de nuestra libertad. Por supuesto que, con lo que llevamos dicho, solo nos hallamos en sus arranques, y estamos llegando como máximo a considerar que sí es verdad, podemos ser seres libertarios, es decir, seres de libertad. Que la libertad es cosa nuestra y bien nuestra. Y lo es así porque el mundo se desarrolla en un ámbito en el que emerge —pongo esta palabra con espanto, no vayan a creerme, a mis años,

emergentista al estilo de Mario Bunge—, sin duda ninguna, la pre-libertad. También el mundo en sus hechuras es libertario. Aunque, por supuesto, nosotros lo somos más.

Hay una gradación de eso que llamo la imposible-posibilidad. Con nosotros es más, mucho más; hasta el punto de hacernos capaces de ser eso que somos: seres de pensamiento y de emoción en íntima simbiosis. Capaces de pensar. Carne hablante. Logos. Creados “a imagen y semejanza”, por emplear las palabras tan enigmáticas y asombrosas del Génesis. A imagen y semejanza del Creador.

En este momento del pensar, el concepto de expresión es decisivo. Somos, pues, decía, como una mónada leibniciana. Una mónada que, en el lugar de espacio y tiempo que ocupamos, expresa el entero mundo. No siempre de manera reflexiva; nos falta la capacidad de expresar con consciencia la enteridad del mundo. Sí de una manera que, siéndonos imperceptible, porque por debajo de nuestro umbral de reflexión, tiene que ver íntimamente con nosotros. ¿Significa esto que todo lo mundanal influye sobre nosotros y nosotros lo reflejamos? Es obvio que no. No es que todo lo mundanal nos determine, sino que, entre otras cosas por las relaciones tan estrechas que tenemos con la materia en su dinamicidad, tenemos conexión íntima con todo lo que es, sea mineral, orgánico o animal. Somos solidarios con lo mineral, con lo orgánico, con lo animal, porque nosotros somos conjunción unitiva de mineral, de orgánico y de animal, dándose en nosotros —hemos visto, mejor, esbozado, el proceso—, esa unitariedad conjuntada y coherente. Y, precisamente, esa conjunción unitiva se nos dona en el proceso increíble de los grados de libertad que se hacen realidad nuestra tocando, atingiendo, la imposible-posibilidad.

Expresamos mundo, expresamos las realidades que nos hemos construido, y, por fin, expresamos realidad. Pero no en modo extrínseco a nosotros, sino en conjuntamiento unitivo. Y este conjuntamiento se da en la carne, tal como hemos ido entendiendo lo que ella significa en una filosofía de la carne.

Nótese que las posibilidades que en nosotros se dan de condiciones iniciales cambiantes son infinitas. No porque todo influya en nosotros, lo que tiene algo de cierto, sino porque podemos dejarnos sostener por esa novedad que en ellas se nos ofrece. Una lectura hecha hace años, un pensamiento que dejamos en su momento, un cariño que creíamos olvidado, una busca

del mejoramiento que abandonamos, de pronto, se convierte en acicate para que todo lo que somos torne hacia ámbitos de creatividad y novedad. Tal se da, por ejemplo, en el juego de la imaginación. Más aún en el del deseo. No olvidemos el de la razón. En esa textura de racionalidad que constituye nuestra urdimbre, aparecen, por tanto, ocasiones decisivas para llevar nuestra vida por caminos de novedad. Ser de este modo nos hace individuos extremadamente creativos. Nada nos está vedado. Podrá decirse que solo en el terreno de la imaginación, del deseo y de la razón, esta razón de virtualidades ilusas, quizá; pero no es así. Pensarlo es malcomprender nuestro carácter esencialmente expresivo. Somos expresivos de novedad; de miradas hacia adelante en el camino de nuestra propia dinamicidad creativa. Ni reflejamos ni representamos, sea mundo, sean realidades, sea al fundamento de la realidad, sino que lo expresamos. Lo que expresamos está dentro de nosotros, en el hondón mismo de nuestro ser. Nosotros somos la plenitud de ese ser expresivo.

¿Se comprende ahora por qué estas cosas que vengo diciendo son un hablar «en serio» de la libertad? No, eso nunca, una libertad que nada tiene que ver con la materialidad de lo que somos, y de la infinita solidaridad con todo lo creado que es la nuestra, sino que sería algo así como un añadido o un sombrero espirituoso que se nos calza. No, eso nunca, una libertad que no es solidaria con nuestra propia condición de carne e hiciera que cada mañana nos dijéramos: bueno, hoy, ¿quién seré?

Hemos visto de qué manera nuestro destino es la libertad. Cómo, si se nos quita la libertad —y los ámbitos en los que ella se ha ido haciendo factible—, se nos quita lo que somos en su total enteridad.

La pregunta leibniana debe entenderse de la siguiente manera: mirad todo eso que hay mundanal, pues bien, podría no haberlo. No encontramos en lo que hay mundanal razones para que tenga que darse el conjunto de lo que hay. Podría acontecer que no hubiera ninguna de las cosas que hay, ni siquiera mundo. Llegamos a esta pregunta, recuérdese, porque todo nuestro pensar —y hacer ciencia— viene siendo una red de preguntas, racionales, en red de coherencia, que buscan respuestas racionales. No cualquier pregunta, la ocurrida en un momento de sueño, de desgana o de borrachera, sino preguntas racionales meditadas y de acuerdo con toda la experiencia personal y comunitaria que traemos con nosotros. No cualquier respuesta, el antojo de un momento, sino las respuestas racionales —al menos en parte— que

nos dan las mismas cosas que hay a las que les preguntamos. Pues, lo hemos visto, caben respuestas racionales; no porque nosotros, tripotándolas, las agencemos así, sino por la urdimbre misma de lo que es, siempre de texturas racionales.

En ese contexto no cabe que alguien diga: existía la nada y luego, de ahí, Dios creó el mundo. Claro que en la historia ha habido mil que han pensado así. Numerosas derivas gnósticas, antiguas, modernas, ¿son otra cosa? Pero eso no es compartido con una postura racional como la que ahora sostenemos, pues parten de un dogma ideológico: Dios y la Nada. Puede que sea así, pero el camino nuestro es muy otro. De punta en ovilla, de pregunta en respuesta, constituyendo red, vamos avanzando en lo que adquirimos racionalmente. No partimos de Dios en una filosofía de este cariz, la filosofía de la carne; nos encontramos con él. Convenimos que afirmarlo es racional, extrañamente racional, pues con una racionalidad que nos sobrepasa por completo. Pero, cuidado, no debemos confundirnos: la afirmación de que hay Dios es racional. Otro tanto acontece con la afirmación de que el mundo es Creación. No son gritos que nos salen del garganchón, sofocado por tantas cosas que le llegan. Son actos racionales, compartibles con todos y compositibles con todo lo que sabemos del mundo y de nosotros; que es mucho.

¿Dónde podríamos encontrarnos con la nada? En un primer lugar, en ese pensamiento —nacido en el medioevo judío— cuando dice majestuosamente que, para crear el mundo, Dios hace de parte de sí mismo un recipiente vacío espacio-temporal en el que pone el mundo que crea. Ese ámbito espacio-temporal, pues, nace de la kénosis —palabra bien paulina: se despojó a sí mismo de su majestad tomando la condición de esclavo (Flp 2,7)—, vaciamiento de Dios dentro de su ser, anonadamiento de una parte de sí en la que se pone la creación. Pero, cosa bien curiosa, anonadamiento, vaciamiento convertido en un espacio-tiempo marco de referencia kenótico del mismo Dios, que no es mundanal, sino previo a lo mundanal; referencial mismo de un Dios que se vacía a sí mismo. Es interesante ver a este respecto la *Teología de la creación* de Jürgen Moltmann. Claro es, los defensores de esta manera de ver terminarán hablando de pan-en-teísmo, que nada tiene que ver, según dicen, con el panteísmo. Quizá.

Mas yendo como nos exige nuestra coherencia de preguntas y respuestas, del modo en que lo hemos hecho hasta el presente, no vemos necesidad de esa comprensión que exige algo por demás inaceptable: que el

espacio y el tiempo no sean internalidades mundanales, sino marco referencial previo a la creación del mismo mundo. Receptáculo en el que se echa el mundo. Receptáculo que, claro es, siendo anterior al mundo, solo puede estar en Dios, pero un Dios que, en él, se vacía de sí mismo.

Nada nos incita a pensar así.

Hay otro lugar en donde podemos encontrarnos con la nada. Tenemos que volver para ello a nuestros diábolos y nuestros conos.

Hemos visto cómo las líneas de universo que son nuestras líneas de vida tienden hacia un punto de convergencia, vértice del cono; vértice que estira de nosotros, no parte de nosotros mismos. Pues bien, además de ese que llamo punto punto Ω , hay otros. Mamón y Nada. Uno de esos vértices, pues, señala que convergemos a un punto que estira de nosotros, pero ese punto es Nada. Nada se nos convierte así en un punto —insisto, en un punto— de atracción nihilista de lo que somos. ¿Qué quieres? Nada. ¿Qué buscas? Nada. Nada es el lugar de mi descanso. Es la pura aniquilación la que nos atrae. Vamos avanzando en las líneas convergentes de nuestra vida para llegar, por fin, al descanso en la aniquilación misma de la Nada. En ella desaparecemos. Porque esta Nada no tiene espesor. Es, simplemente, la desaparición de lo que somos. La aniquilación de lo que hemos sido. Ya nada vamos a ser. Esta Nada no es otra que la Muerte. Muerte sin esperanza, sin futuro, en donde se nos agostará para siempre nuestra memoria y por nadie seremos recordados. Nada es, aquí, muerte, pudrimiento, polvo, desaparición, lugar en donde dejamos nuestro ser sin posibilidad alguna de reencontrarlo o de que algo de él subsista. Vanas esperanzas. La muerte, finalmente, todo lo lleva a sí. Terrible Nada esta que es Muerte.

Pero cabe todavía otra posibilidad, ya lo he apuntado. Que en esos vértices del cono que también estiran de nosotros, al menos uno, quizá ese que termina en Nada, resulten tener, más allá de su cerramiento en el vértice del cono, una apertura hacia el otro lado, como acontece con el punto Ω . Si así fuera, dado que, más allá del punto Ω nos encontramos con el ámbito de Dios, ahora nos habremos topado con el ámbito de la Nada. Así pues, habrá ámbito real de la Nada. La Nada existirá como posibilidad a la que ir. No en la que incrustarse para desaparecer de una vez por todas sin dejar rastro alguno, sino que existe, habría, un ámbito distinto al de Dios. Dios, sí, pero también Nada. ¿Cuál de esos dos ámbitos es más concorde con eso que nosotros somos?

Ahí está la pregunta clave. En el camino ascendente que está siendo la filosofía de la carne, partimos de nuestras experiencias para, desde ellas, y con nuestro preguntar racional, inquirir por las ultimidades, por los puntos de convergencia que estiran de nosotros para llevarnos a su atingencia, y para, luego, adentrarnos en el ámbito del diábolito que está más allá de nosotros mismos. Dios o Nada.

Ahora bien, y aquí nos encontramos con la importancia del concepto de naturaleza, creemos poder decir con razones —no con gritos ni con ideologías preparadas de antemano— que nuestra naturaleza de cuerpo de hombre / cuerpo de mujer se atiene al punto Ω . Que, cuanto más vemos con cuidado y parsimonia lo que somos, descubrimos cómo por naturaleza nuestras línea de universo, líneas de vida, convergen al punto Ω , pues en él encontramos el mejoramiento de lo que venimos siendo y creemos, con razones —razones también de composibilidad—, que al final, en él, se nos dona el ser en plenitud por el ser en completud. Ser en plenitud que ya actúa en nosotros, desde que comenzamos a ser, pues somos personas, ni galaxias ni hipopótamos. En ese punto, solo en él, como lo venimos viendo en nuestra filosofía de la carne, obtenemos la plenitud real de lo que somos. ¿Ocurrirá lo mismo en otros puntos de convergencia?

En el pensamiento que estamos llevando, que nuestra carne sea estirada desde el punto Ω , se debe, lo acabo de decir, a que en un largo proceso de mejoramiento, allá se nos ofrece nuestro ser en plenitud. Pero se nos ofrece porque en él nos encontramos con el espesor infinito del ser en completud. No porque sí. Mientras que, tratándose del punto de convergencia Nada, nos encontramos de bruces en un cerramiento, el que he denominado de la Muerte, pues nada nos indica que haya ese ámbito de naderías al otro lado. Solo si Dios es Nada, en cuyo caso deberíamos encontrarnos en el diábolito cuyo vértice es el punto Ω . Y este no puede dejar de ser lo que es para ser Nada, pues todo nuestro razonamiento de analogías nos ha ido haciendo ver el espesor de ese punto Ω . Por eso, al menos desde una filosofía de la carne, no parece que el cono que converge a la cerrazón de Nada sea muy atrayente.

Los místicos cristianos han solido ser muy cuidadosos en el ver cómo el acercamiento a Dios se nos da en el anonadamiento, palabra clave, si no recuerdo mal, en san Juan de la Cruz. Las reflexiones del maestro Eckhart van por ese camino, con consistencia filosófica mucho mayor. Pero, aunque

es verdad que sobre él se han dado muchas sospechas, no termino de ver que haya sido expulsado de la cohorte dominicana de pensamiento derivado de santo Tomás de Aquino. Que sobre él se hayan construido muchas disquisiciones, quizá; pero que tanto él como la escuela renana, todos ellos dominicos, o la escuela flamenca, no digamos la escuela mística española del siglo XVI o la francesa del siglo siguiente, son genuinamente católicos, creo que no cabe duda. Toda la investigación actual sobre la escuela renana, creo, la más tardíamente reconocida, lo indica con claridad. Por eso, ponerse barbas de diablo o de agente sulfuroso por citar, por ejemplo, al Maestro Eckhart, me parece algo demasiado juguetón.

Desconozco la escuela de Kyoto, pero ¿no resultará que, desde su implantación cultural, son ellos quienes están atraídos por el cristianismo, mejor aún, por las escuelas místicas católicas? Quizá sea una bobada lo que digo, pero ¿no será algo que debiera verse?

Si hay disolución del yo, entonces no podremos nunca estar de acuerdo. Por supuesto. Porque entonces, entre otras cosas, lo que se habrá disuelto es la libertad, nuestra libertad, la tuya y la mía. Pero, además, habrá desaparecido toda atingencia del ser en plenitud al ser en completud. Nada nos quedaría. Mas ¿de cierto que las cosas son así? Durante años pensaron que Juan de la Cruz era un místico no cristiano. Mas ¿quién mejor que él? Habrá que tomar en serio, por ejemplo, su anonadamiento, pero eso no significa deshacerse del yo ni de la libertad ni de nuestro ser en plenitud. Hay, insisto, toda una mística que sale de los círculos cercanos a santo Tomás que se mueven en estos terrenos. Es verdad que Molina no fue recibido, pues llevaba el anonadamiento y la quietud al puro y simple quietismo, a la pérdida de cualquier racionalidad. Nuestro acercamiento a Dios debería darse en el desvinculamiento de cualquier razón. Anonadamiento del sentido, de la voluntad y de la razón. Si es anonadamiento para ponerlos en las manos del Dios vivo, y no en nuestras manos impuras, puede caber. Si lo es para dejar de ser quienes somos, dejar de ser personas, entonces no. Ni mucho menos. Lo habríamos perdido todo.

Pero vale ya, dejaré estos caminos tenebrosos, quizá, para más adelante, fuera de estas páginas primerizas sobre la libertad. Es difícil por demás tratarlos con soltura.

II. ALGUNAS NOTAS QUE DAN TRABAZÓN A UN DISCURSO SOBRE LA BELLEZA

Lo sobrenatural. Comenzaré por lo del natural. Debemos hacerlo por el uso tan repetido y epulón que de él se perpetra. Es uno de los conceptos claves de la modernidad progre. Se rechazaba, con razón, una ley natural antigua que, decían, deslindaba con excelsa claridad lo natural de lo contranatura en todos los campos del comportamiento humano. Curioso, ahora se ha vuelto a lo natural. No me refiero al cuidado de la naturaleza y los alimentos naturales. La naturaleza, mejor, la Naturaleza, es lo más conocido y el principio de todo lo que somos y, por supuesto, a ella, solo a ella, se refiere todo lo que sabemos. Si fuera necesario, de ella se hará Dios, siguiendo la expresión espinosista de *Deus sive Natura*; como traducen sus epígonos materialistas de ayer y de hoy, que son legión: “Dios, es decir, la Naturaleza”. La Naturaleza es Dios. No habría Dios si este no fuera la Naturaleza. Y ya está. No hay que dar mayores vueltas a una cosa tan cierta y natural.

En mis maneras propias de ver no me suele gustar hablar de sobrenatural. Por una razón sencilla: se nos da en lo natural, sin que, por supuesto, se vacíe en él. Se nos da ahí porque este contiene el hiato, el exceso, la imposible-posibilidad, sin los que no seríamos lo que somos ni tampoco el mundo, y nada digamos de la realidad. Todo ello está transido de Dios, no fuera más que porque el mundo es creación y tanto las cosas mundanales como nosotros mismos, cuerpo de hombre/cuerpo de mujer, en su identidad-dual, somos sus criaturas; otro tanto acontecería con la realidad en lo que tiene que ver con la corporalidad que nosotros construimos. Pero hay más. Mucho más.

Miradas las cosas desde una filosofía de la carne —entiendo que haya gente a la que no le interese llegar hasta estos vericuetos complejos, pero ese no es el problema; sí, en cambio, que se pueda enunciar razonablemente su falsedad—, en lo que toca a nosotros nos encontramos en esos esenciales mirar más allá que son constitutivos de lo que somos, pues retroductivamente estiran de nosotros para que seamos como ese más-allá nos indica. Todo este camino tan complejo, lo sabemos, nos señala un punto Ω en el que el ser en completud nos dona nuestro ser en plenitud. Si las cosas son así, es claro que, por decirlo de una manera sencilla y ajustada, la finalidad última y conformadora de lo que somos se nos ofrece en ese punto Ω . Pero hay más, pues en esa filosofía hemos descubierto la calidad de ofrecimiento de belleza que

tiene la materia en su propio ser, tan alejada del mero materialismo, que nos apunta a un constitutivo propio de lo que somos, pues somos seres materiales, posibilitante de eso que somos; por tanto, coadyuvante en nuestras posibilidades retroductivas que nos conducen hacia el punto Ω . Hasta el caso de que sin ella, la humilde materia, no podríamos ser lo que somos; sin ella no habría cuerpo, no sería carne. Con razón habrá que tomar muy en consideración lo de que la creación puramente material es el primer regalo que el Creador nos hace. Sin el hiato y el exceso, la materia, si se la convierte en mera materia, no lleva sino al puro materialismo. Ahora bien, esto solo puede darse cuando a la materia se le ha arrancado su preciosa e indispensable relación con la belleza.

He hablado de exceso, de chorro de libertad; por tanto, de la imposible-posibilidad. No podemos limitarnos a los posibles, pues nuestras realidades los exceden por entero. La realidad del mismo mundo, primero, que se nos va en sus extremos grados de libertad más allá de todo lo que quiere circunscribirla, si es que quiere hacerlo no en un poquitín, sino por entero. La realidad de nuestro cuerpo de hombre/cuerpo de mujer, en una sola palabra, de nuestra carne, que, por más que solo fuera en una pizca, excede el cuerpo mineral y el cuerpo animal. Pero una pizca que hace de nosotros lo que somos; que hace posible lo que diríamos imposible. Que da al ser de lo que cada uno de nosotros somos una complejidad similar a la del entero universo. Creadores de corporalidades que desafían toda clasificación reductora. Pues hasta nuestras propias corporalidades, que nosotros construimos con nuestras manos, modelando la materia, adquieren capacidades insospechadas por sus creadores. Ellas se nos constituyen en acciones de belleza. Portillos por los que nosotros accedemos a la belleza; que abren espacios en nuestra vida para que nuestras líneas de universo converjan en un punto de más-allá por demás sobresaliente, pues punto que estira de nosotros para irnos constituyendo en lo que, porque hemos de ser, ya desde ahora vamos siendo. Todo esto que aventuro tiene que ver con la analogía de un ser que se nos dice de muchas maneras, todas ellas descubridoras de ámbitos creativos nuevos, diferentes, más empeñados, más cercanos a la belleza. Una belleza que, estando en definitiva siempre más-allá, estira de nosotros en nuestro acá que se convierte ya en un allá de promesas y de esperanza.

Solo en el ámbito de la analogía del ser se nos ofrece esa sorpresa decisiva: la de ver cómo incluso nuestras corporalidades, las que nosotros cons-

truimos para ofrecernos un conjunto de realidades, pues somos animal de realidades, nos señala una realidad, realidad de belleza, que se nos ofrece y se nos dona. Una realidad a la que convergen esas líneas de universo que marcan nuestra acción de futuro hacia ese punto de más-allá, el punto Ω , que estira de nosotros, haciendo que nuestras realidades se empasten y se acompañen a una realidad, realidad de belleza, que en su estirar nos va dando un ir siendo que aspira con firme esperanza a nuestro ser en plenitud. En ese punto Ω , en definitiva, resplandece quien es acto de ser, el ser en completud.

Es entonces cuando el pensamiento se nos abre. Ahí, como decía, el conocimiento, la razón que ordena, dando su huella más profunda a la tríada deseo, imaginación y razón, se nos ofrece desde una realidad donada. Este pensamiento, esta razón, es el logos, claro.

De otra manera el pensamiento se cierra sobre sí, en la carcasa, y todo ser queda reducido por nuestro pensar a ente unívoco, reducible, naturalizable. Se acabó, pues, la creatividad. No una creatividad ordenada y teledirigida; pero sí la creatividad que se desborda en la creación de belleza partiendo de la humilde materia. Y, más aún, la creatividad que es el regalo que el Creador del mundo nos ofrece. El mundo es así don y regalo, nuestro primer regalo. Está ahí en lo que él es, no en aquello a lo que nosotros nos empeñamos en reducirlo. Materia, humilde materia, y, sin embargo, explosión de creatividad que nos muestra su belleza. Una belleza puesta ahí, si vale decir así, para nosotros, para que nosotros también aprendamos a construir nuestras corporalidades mirando a la belleza. A ir haciendo que nuestro ser en plenitud alcance en el resplandor de la esperanza la fuerza entera de la belleza.

Tocándome platicar sobre la belleza, hablaré de creatividad. La belleza se genera en el acto de la creatividad. Y la creatividad es doble —o triple, si necesitamos a un intérprete—, la del artista y la del veedor. No es que comenzara disertando de creatividad, sino que me encontraría con la belleza hablando de la creatividad. Donde no hay creatividad, acción de creatividad, no hay belleza. Por eso, la repetición, la copia, no es fuente de belleza, o, si lo fuera, lo sería como duplicado que expresa o adelanta un recuerdo [o la nostalgia de un original que no se puede ni poseer ni contemplar, al estar fuera de nuestros posibles]. Solo se da la belleza en la creatividad; porque únicamente se da en la obra de arte. Ahora me convierto en un materialista osado.

La obra de arte es obra material; modelación del barro de la materia. Primero por el artista, y luego, también, esto es esencial para comprender la belleza, en el veedor. La obra de arte es cosa bien material. Y porque cosa bien material, se adentra en mí y provoca mi propia creatividad, tan distinta de la del artista, pero tan real.

Porque la creatividad es un don de Dios, la obra de su creatividad es creadora de belleza, la belleza del mundo, de la materia, de la realidad. Mas, si es verdad que la belleza debe tener su veedor de la obra de arte que ha sido creada por el artista, para que, en esa confrontación deslumbradora, surja la belleza en acción, y no meramente en pura virtualidad, en mera invitación en el vacío como un ignoto brindis al sol, la belleza de la creatividad de Dios, del Dios creador del mundo, del cuerpo de hombre y de la realidad, debe tener su veedor. Y solo nosotros, carne, carne veedora de belleza, podemos serlo. De esta manera, somos parte esencial de la creatividad de belleza de Dios, en cuanto que somos uno de sus estadios, el más perfecto, seguramente, y, además, el que es capaz de sentirla, como cosa suya, hacerla resplandecer. Los leones no contemplan la belleza del mundo. Nosotros, sí. No contemplan la belleza de su acción. Nosotros, sí. No crean belleza ninguna para sí, en su autorreflexión contempladora y en su capacidad sorprendente de acción. Nosotros, sí. No contemplan y promueven las realidades que crean con su acción. Nosotros, sí.

Decir que la belleza de la creación es cosa bien objetiva, sería poco, incluso, llegando hasta el final, sería una falsedad meramente ideológica, pues esa obra de belleza necesita del veedor. Necesita su inmenso refocile cuando la contempla, cuando corretea por entre ella en esa vida de plenitud libertaria y creadora de libertad. Cosas tan raras no le acontece al león ni a la galaxia ni a la ley de gravitación universal. Para que ello acontezca, para que haya veedor, sin el que, en definitiva, no hay obra de belleza plena, ni siquiera la obra de la creación, se necesita de nuestro ser autorreflexivo, contemplador y accionario. La obra de la creación, por tanto, ha sido creada para que nosotros la compartamos, la admiremos y seamos co-creadores. La obra de la creación se hace belleza cuando el veedor, nosotros, se convierte en co-creador. También nosotros tenemos esa inmensa capacidad de creatividad de lo bello. Una capacidad consciente. No somos, como tampoco lo es el creador, ningún creador, máquinas productoras de obras objetivas de belleza. Sin nuestro ser

veedor, lo que es tan puramente esencial en nuestro mismo ser, no hay belleza, pues no hay creatividad capaz de ver y crear obras de belleza. Así acontece que nuestro ser en plenitud tiene tanto que ver con nuestro ser veedores y creadores de obras de arte.

Además, en ese emparejamiento entre creador y concreador es donde se da el punto maravilloso de sutura en donde las obras que hacemos, nuestras corporalidades, creación de realidades asombrosas, se aúnan, de modo que esas realidades, nuestro constructo, se conjugan ya en la realidad que tiene al mismo Dios creador como fundamento. Pasamos así de las realidades a la realidad.

¿El hombre culmen de toda la creación? Sí y no. No en cuanto que sea el mejor 'superviviente' de todos los seres del universo. Dicen que cuando ya no haya hombres sobre la tierra, sí habrá ratas e insectos, y mientras haya tiempo habrá galaxias en los cielos. Desde ese punto de vista, estos animales y esas cosas mundanales son más perfectos que nosotros. Pero hay un punto de vista mucho más interesante, que no es el de la mera supervivencia, sino el de la posibilidad de comprensión del mundo y de acción sobre él. Ahí está el principio antrópico. Más aún, está lo tan decisivo de la captación y construcción de la belleza. El ser los testigos de la belleza en el mundo y en las cosas mundanales. El ser constructores de realidad. El arrebató tiene que ver con nuestro lugar de existencia en el mundo; con lo que somos en el hondón más profundo de nuestros fundamentos mismos.

Señalar y ayudar a la grandeza de la concreación de belleza es algo importante por demás. El profesor de música debe acompañar a sus alumnos en esa concreación. Mostrarles un valor que ellos pueden hacer suyo con su ayuda; un valor de su propia autorrealización que configurará sus líneas de universo en ese ser más que él les propone. Supongo, además, que para hacer pasar a sus alumnos de veedores de la belleza, en su caso de oidores, a intérpretes de ella, deberá exponerles difíciles maneras de técnica musical en las que sus alumnos se sumergirán para ser no solo concreadores de belleza como veedores, sino puros creadores de belleza en ese paso impalpable de lo virtual, que quedó mostrado sobre el papel pautado, a sonido musical. Porque lo que se oye es la concreación del intérprete, a cuyo través el papel pautado con sus signos cabalísticos se hace música.

¿Qué es la música? El conjunto sonoro de las tres concreaciones. Incluso la del músico es concreación, pues sin el intérprete y el oidor no tiene existencia de realidad. Él es, sin ninguna duda, el creador, pero sin la concreación de intérprete y de veedor lo suyo no tiene sino existencia todavía virtual. Por eso, también el intérprete y el veedor —siempre lo digo así, porque veedor de belleza— participan, junto a él, en la creación musical. ¿Es acaso el orden de los sonidos simplemente? Claro que no. También aquí se da un complejo juego de creación y concreación de compositor, de intérprete y de veedor, con las sutiles interferencias que se dan entre ellos y su conjunto de corporalidades societarias, históricas, de maneras y modas; sin ellas no se crea tampoco aquí la belleza. Además, por supuesto, de todo el juego de corporalidades antecedentes que hacen real esta nueva corporalidad que es la misma música. Conjunción de la nuda materialidad de sonidos que llega hasta el más allá de la belleza.

Distingo en tríada: mundo, cuerpo de hombre/cuerpo de mujer, realidad. Nosotros somos constructores de corporalidades: este ordenador, las recetas de cocina, las constituciones, los relojes, la técnica, obras de arte, etc. Ellas son realidades nuestras, no meros seres mundanales. Han pasado por nosotros. Nosotros las hemos construido, por más que, es evidente, con materia mundanal: textura de tela, marco, aceites, pigmentos extendidos con pincel y espátula. El conjunto de estas realidades, junto al mundo, es decir, todo lo mundanal, y nosotros mismos, definiendo que tiene fundamento en lo que llamo realidad. No un desperdigamiento de realidades y pigmentos, sino que ese conjunto está conformado en una realidad que se nos da: tal es el paso de la obra de arte a la contemplación de la belleza.

¿Dónde se dan las leyes, las leyes científicas? El mundo, sin nuestras realidades construidas, sería suficiente en el caso de que el hombre, el cuerpo de hombre, no existiera. Pero existiendo el cuerpo de hombre es necesario hablar de una realidad.

El realismo afirmaría la posibilidad del conocimiento del mundo y la existencia de leyes de su funcionamiento sin depender para nada de nosotros, pues existían como tales antes de que nosotros estuviéramos sobre él. Ver las cosas así me parece comprometido, y no necesario para decirse realista.

El conocimiento del mundo por nosotros es un hecho. El que nosotros imputamos al mundo leyes de funcionamiento es igualmente un hecho. Ha-

ceмос ambas cosas en la actividad de nuestra razón práctica. Los animales, no; al menos con la incidencia acertante que es la nuestra. Ellos ni tienen conocimiento general del mundo, el suyo es más bien un conocimiento ligado a su estricta supervivencia y reproducción, así pues, retenido por sus instintos, ni le imputan leyes generales de funcionamiento. Su conocimiento del mundo es meramente adecuado a sus instintos. Para nosotros, en cambio, el acto del conocimiento y de la imputación no está constreñido por nuestros instintos, es libre. Está ligado de modo intrínseco a los nuevos grados de libertad que genera nuestra inconmensurable creatividad. En nuestro enfrentamiento creativo con el mundo forjamos preguntas y respuestas que generen conocimiento, a la vez que nos llevan a imputar al mundo leyes de funcionamiento. Veremos que por esto, finalmente, somos realistas.

La cuestión esencial me parece no estar en la existencia de mundo antes de nuestra disposición en él y que las leyes de su funcionamiento sean objetivas, tengan existencia objetiva fuera de nosotros como sujetos, o cosa del estilo, sino en que desde nosotros mismo, y en un acto supremo de libertad creativa, nos enfrentamos con el mundo para conocerlo, buscando finalmente conjeturar sus leyes de funcionamiento. Varias veces he dicho que no me siento inclinado a emplear ninguna de estas tres categorías filosóficas: existencia, objetividad, subjetualidad. Nada existe sin más, ni siquiera Dios, sino que me topo con ello, me enfrento con ello, lo mensuro, me pregunto por ello, busco sus relaciones con lo demás, con el todo y conmigo mismo. Los enmarco en un ámbito de belleza. El conocimiento es cosa esencialmente mía, y yo no soy un arcángel que ve al mundo —y a Dios— desde alturas de sublime objetividad.

Significa, pues, que nuestras habladurías de aquellas cuatro internalidades que se dan en el momento de la creación: espacio, tiempo, 'geometría' y legalidad, nos van dando el ser del mundo y de las cosas mundanales. Pero nos lo dan en nuestra acción racional de la razón práctica: razón sopeante, cuajada tanto de prudencia como de imprudencias, buscadora de verdades, libérrima, concienzuda, dialogante, humilde, soberbia, quizá. Acción tan esencialmente ligada, claro es, a lo que llamo el juego de las carnes, empuñada en deseos y esperanzas, en caminar hacia más allá. Lo sabemos bien. Y en donde, esto es esencial, se nos da ese paso morrocotudo de la pura materialidad de las cosas mundanales, de lo que es pura y nuda materia, al reino

de la belleza que vislumbramos en más allá que retroductivamente —perdonad el palabro que utilizo como si fuera agua clara— nos hacen converger a ese más-allá —punto Ω — en el que convergen en su mejoramiento nuestras líneas de universo y en el que se nos da el ser en plenitud. A través del paso por ese portillo encontramos también nuestro hablar sobre el mundo y sus cuatro internalidades; no antes. Sin el paso que recorre arriba y abajo ese portillo nuestra razón no es logosa.

Por esto, precisamente por esto, no hay un ámbito de meras objetividades en el que estudiamos las cosas del mundo y encontramos, sin más, sus leyes de funcionamiento. En sus nimias pequeñeces, por importantes que sean, seguro que sí, en sus líneas maestras y en sus comportamientos generales es donde se produce el problema, inmenso problema. Las cosas no nos son demasiado fáciles; ni siquiera en la ciencia. La de la facilidad de las objetividades —del principio de objetividad— sería la visión del arcángel, que revolea por encima del mundo y de nosotros, dándose y dándonos indicaciones sobre si acertamos en lo que venimos a decir de lo mundanal. Pero no nos ha sido dada esa posición. Nosotros estamos pringados hasta los tuétanos en el sanguinolento ser de todo lo mundanal; no digamos si se trata del teñimiento sangrante de la carne y de nuestras construcciones de corporalidades, tan ligadas a eso que somos, mejor, a eso que vamos siendo; dejamos nuestras huellas —huellas llenas de nuestro unto— en todo lo que decimos de lo mundanal, de nosotros mismos y de las realidades que construimos. El principio antrópico es la percepción de esta sanguinolencia, de este juego de humores en el que se da nuestro ser. Pero ¿cómo lo olvidaríamos?, ahí, precisamente ahí, en esto que somos es donde se nos da el conocimiento y la acción. Ahí, precisamente ahí, es desde donde salimos en busca de la verdad. Porque ahí, precisamente ahí, se nos da nuestro ser de creatividad infinita. Ahí nos adentramos más allá por el portillo de la belleza.

Por eso, cuando Simone de Beauvoir se desentendía brutalmente de los humores y jugos que destilan de nosotros y de nuestras pasiones, negaba nuestro propio ser, y de ahí ya todo se podía afirmar, aunque resultara, es obvio, que nada tuviera que ver con nosotros, pues se trataba de mera ideología, una ideología que, para colmo, ella creía feminista, y así lo predicó por el mundo entero con no poco éxito. Ni nuestro cuerpo es seco ni nuestra razón es seca. Esa sequedad solo produce obra de muerte. Que nada tiene que ver con la belleza.

Realizado el bucle entero, ¿podríamos decir que nuestro ser partiendo en busca de la verdad solo se encontrará con el medio ser de la mera relatividad, que, finalmente, digamos lo que queramos está muy bien, pues no podemos alcanzar la verdad? ¿Es nuestra vida, simplemente, ese vulgar engaño? ¿Cómo podría serlo cuando vivimos inmersos en la belleza?

El cine ha supuesto desde siempre, para mí, la apertura al camino de la metafísica. Me habría los senos de ese deleite que ablanda los sentidos y los sentimientos. Una práctica deleitosa en la que pronto quedó claro cómo algo en la experiencia personal iba mucho más allá de la escueta y severa búsqueda de la verdad. No porque la verdad sea sucinta y severa, sino porque si se reducía la usanza en la que se anda en su busca, terminaba por ser una búsqueda canija de una verdad demasiado pequeña. Demasiado pequeña, pues teníamos como algo claro y luminoso que la experiencia, sin negar esta, era mucho más. Iba mucho más allá. E iba mucho más allá porque nosotros somos en nuestra experiencia mucho más que esa entecura que se muestra empedernida. Sin ella la física no se nos abría a la metafísica. Pero con ella, aceptando su práctica como parte esencial de lo que es nuestra experiencia global, la real, la no reducida ni llevada desde meros reduccionismos, el discurrir del pensamiento ampliaba su base hasta reventar de gozo y alegría. Pero no solo del pensamiento, sino la carnalidad de lo que somos. Esta, la carne, adquiriría así una realidad extremadamente amplia. La experiencia de la belleza, nos arranca de un mero pensar puro, abriéndonos a la experiencia del ser. Esto es pura metafísica. Y la metafísica nos pone delante de la belleza.

Lo que digo denota una manera de entender el arte y de cómo alguien puede ayudarnos a entrar en él. Lo traemos de antiguo: el arte es la religión del sentimiento. No de las palabras explicativas y contadoras de ñoñeces que en nada lo tocan y con nada de él se mojan. Solo se puede hablar de arte cuando las palabras que uno pronuncia son bellas, si quieres con belleza satánica, pero que le toman a uno por dentro debido a ser bellas. De igual manera, solo se puede escribir sobre el arte con palabras bellas, que al lector, después de ese que las ha escrito, le suscitan anhelo de belleza y melancolía, pues en el centro de sus mismas internalidades le toma por entero, suscitando en esa su misma centralidad nostalgia de adentrarse más y más en el camino de belleza que la obra de arte nos muestra cuando la contemplamos; melancolía razonable y justa, es decir, melancolía de Dios.

Porque nos conformamos en la belleza podemos decir que tenemos alma, y esta conformación a la belleza viene provocada y producida en eso que somos, carne. En esta confluencia es cuando podemos hablar de alma. «La contemplación de la belleza nos calienta con un calor que empapa el muñón de nuestras alas de las que habla Platón y ese mirar en un chorreo de belleza hace que se esponje el tallo y echen a nacer desde la raíz misma del alma, con lo que bullen, escuecen, cosquillean las nacientes alas. Estas misteriosas palabras escribí hace algún tiempo».

La centralidad misma de lo que somos, y lo somos desde que tenemos ser, por más que sea solo todavía ser en disposición —nosotros la tenemos, los chimpancés no, las galaxias tampoco— que deba irse abriendo en plenitud en el discurrir de nuestra temporalidad carnal —no coincidente, como sabemos, con el tiempo de los relojeros suizos—, está conformada por la belleza. No somos seres de meros mecanicismos materiales; de sola materialidad física ni animal, aunque sepamos que también ellos están transidos de belleza, que somos concreadores de esa creación, por tanto capaces de percibir el arrebatado de belleza que los constituye igualmente a ellos y nos gana por entero. La belleza conforma lo que somos. El alma es esa conformación de lo que somos nosotros, seres capaces de ese ámbito inaudito de la belleza. Coherentes con la belleza. No un añadido que, luego, puede venir a nosotros. Al contrario, aprestando en nuestras mismas internalidades a esa disposición por la belleza que dona la coherencia misma de lo que somos. Somos lo que somos. ¿Desde cuando? Desde que tenemos la disposición a serlo. No es, pues, algo que aprendemos cuando nos hacemos seres más complejos, sea a las semanas de nuestra vida embrionaria sea cuando llegamos a la edad de la razón. No, se trata de algo que conforma lo que somos desde el mismo comienzo de nuestro ser, el cual nunca se reduce al ser de un chimpancé ni de una galaxia. Aun en el caso de la disconformación y la enfermedad podremos saber que no somos, por así decir, feto de chimpancé o de galaxia. Hay ahí algo decisivo, por tanto, en eso que somos.

Debo aún volver a lo que decía antes de que también los animales y las estrellas están transidas de belleza. Mas lo están de modo muy distinto al nuestro. Ellos lo están por intermedio de nosotros. Nosotros somos los que descubrimos y nombramos su belleza, la vemos y la disfrutamos como sus concreadores. Y esto es así porque el mundo es creación. Por eso todo lo creado está munificado de belleza, como nosotros. Pero el resto de seres de

lo creado, sin embargo, no están como nosotros transidos de belleza, desde ella, pues no tienen alma como la nuestra. Porque a ellos no les pueden crecer los muñones que se van convirtiendo en las alas de las que habla Platón; tal es solo cosa nuestra. De cierto, tienen algo almal: pueden dejar acoger en sí mismos las conformidades de belleza que en ellos entrevemos al contemplarlos.

¿Se compadece todo esto en algo con la pregunta sobre el mal? Un primer algo aparece claro como el día que amanece resplandeciente: fuera de esta contextura no puede hablarse del problema ni de la realidad del mal —ni tampoco de la belleza—, pues el mal es algo que, para sorpresa nuestra, nace ahí, cuando se deshace esa coherencia y la conformación con la belleza retiembla y, combándose, se esconde hasta, quizá, desaparecer.

¿Será decir: el mal se da en seres con pulmones, luego hablemos del bazo? No, de ningún modo. El ser de lo que somos se nos da como tal ser en la coherencia de la belleza, en la conformación que ella provoca, produciéndolo. Lo cual significa algo decisivo: lo nuestro es el mejoramiento, aunque, por supuesto, pues somos libres, esencialmente libres —esa es la fuerza de la conformación por la belleza que nos produce, sin ella no se puede pensar que seamos el ser que somos—, la libertad es el nicho y la huella de nuestra centralidad. Somos coherentes con el mejoramiento.

Tomemos ahora otra serie de pensamientos. Hablaremos de líneas de universo. No se trata de líneas de comportamiento temporal del universo material, físico. Se trata, en mi uso, también de algo nuestro, esencialmente nuestro. Son líneas de comportamiento de nuestra propia temporalidad carnal, que se producen en nuestra conjunción de carnes. Hay líneas —flechas, mejor— que desde nuestra carne enmemoriada van hacia nuestra carne marantizada, generando en esa conjunción nuestra carne hablante, pues somos palabra; que marcan dirección hacia ese más-allá que llamo punto Ω . Lo sabemos. Siendo las cosas así, él es punto atractor de lo que somos en plenitud. Se nos da en él, en nuestro ir hacia él, en el ser atraídos desde él, configurando nuestro deseo arrollador que marca las trazas por las que queremos dirigirnos para llegar a él, para conseguir como cosa nuestra, y muy nuestra, ese ser en plenitud que se nos dona en él. Por eso, toda nuestra labor libre y deseativa de lo que somos tiende hacia ese punto. No es cosa nuestra, no es el final de lo que deberíamos ser, sino el punto atractor que provoca nuestros más pro-

fundos deseos, en el que encontramos que nuestra libertad se hace por completo libre. Lugar en el que se nos ofrece como donación lo que somos. Lo que desde el mismo comienzo de nuestro ir siendo se nos dio en la coherencia conformadora de la belleza.

Nuestras líneas de universo, en camino de mejoramiento, por tanto, señalan un haz convergente, un cono que tiende hacia su vértice —exterior a nosotros—, el punto Ω que estira de nosotros. ¿Por qué mejoramiento? Porque todo nos lleva a pensar que el deseo de nuestra libertad se plenifica en él, en el camino de esa convergencia que en él termina, que él señala. La conformación por la coherencia de la belleza no es algo que se nos ofrece solo en el comienzo, en los orígenes; nos acompaña siempre en todo el desarrollo, tan complejo, de nuestro ir siendo hacia ese punto de convergencia: la historia de nuestra vida. Punto de suma belleza, por tanto. Punto desiderativo de lo que seremos en plenitud.

Mas ¿no somos también capaces de empeoramiento? Claro, ¡y de qué manera! La convergencia desiderativa hacia aquel punto no se nos exige, no somos seres predeterminados para ir necesariamente hacia ese punto de convergencia, el punto Ω , ni nada nos obliga al mejoramiento ontológico u óptico, considérese lo uno o lo otro, como se quiera. Pues somos libres y en nuestras líneas de universo nos sentimos excitados por otros caminos, otras convergencias hacia otros puntos atractores. Somos libres con libertad ontológica u óptica, considérese como se quiera, de tomar nuestras propias líneas de universo, aunque de empeoramiento; de dejarnos subyugar por otros puntos atractores.

¿Por qué contrapongo el punto atractor Ω con los demás puntos atractores? De él digo algo sorprendente, y lo confirmo por medio de toda una antropología y de toda una metafísica: ese es el punto de convergencia de nuestra naturaleza. Nuestras líneas de universo, las que configuran nuestra vida, son estiradas desde ese punto. Es él quien con suave suasión estira de nosotros para alcanzarnos nuestro ser en plenitud. Es él el punto al que tiende todo el conjunto de acciones de nuestro mejoramiento. En él, por tanto, plenificamos lo que somos. Nuestra vida es una línea que se dibuja en su belleza desde que tomamos ser hasta que allá, en él, converge todo lo que somos. Nuestra vida se plenifica desde él y en él. Suave suasión digo, pues acontece algo sorprendente. El suyo es un estiramiento que protege nuestra libertad y

cuenta con ella; estiramiento que se dibuja en su belleza. La libertad se nos da así como la imposible-posibilidad de plenificar nuestra naturaleza en la convergencia de todo lo que somos hacia ese punto atractor. Puede pensarse que si hay suasión de estiramiento desde él, hay privanza de libertad. Pero creo que no es así. La nuestra, si se me permite decirlo así, es suasión de enamoramiento; enamoramiento de belleza. Ese punto atractor al que converge todo lo que somos nos enamora. Por eso, corremos en libertad hacia él. Hasta el punto de que la libertad se nos da en ese mismo correr. Correr de amejoramiento. Correr de plenificación. Nada ni nadie nos obliga. Pero todo nos empuja con suave suasión. Nos empuja nuestro deseo, nuestra imaginación, nuestra razón, pues sabemos que ahí, en él, se nos dona la plenitud real de lo que somos. Y lo sabemos, ahora sí, con saber-de-ciencia. Un saber de libertad. Mas un saber de plenitud.

¿Eso es todo? No, claro. Porque podemos soñar con otros puntos de convergencia, otros puntos atractores que nos proporcionen otros lugares de convergencia. Porque quizá pensemos que yendo hacia ellos nos dejamos de cualquier suasión que inhabilita nuestra libertad rompedora; de cualquier estiramiento que coarta nuestro puro ser libre. Y elegimos otros puntos atractores. Incluso, quizá, ahora este y después aquel otro. A nuestra conveniencia. Según nuestro puro gusto. Siguiendo el buen albur de lo que nos da la real gana. Pensando que así no estaremos empujados por nada ni por nadie y que viviremos nuestra vida en entera y segura libertad. Que así seremos como dioses, tal como nos relatan esas páginas asombrosas con las que comienza la Biblia. Desde este momento, el punto atractor Ω tiene, evidentemente, nuestra enemiga. Punto de obligaciones, de coacciones, de falta de libertad. Viviremos, pues, en la borrachera de nuevos y atrayentes puntos atractores. Parecerá que solo hay uno que nos está vedado. Nuestra naturaleza, ahora, no sería sino la libertad. La libertad tal como parecemos quererla.

Mas ¿es verdad que somos nosotros quienes inventamos esos puntos atractores que nos alejan e impiden la cercanía del punto Ω ? ¿Todo ese proceso es solo cosa nuestra, nada tiene que ver con la cuestión de la belleza? ¿Somos los dueños de él? ¿Es verdad que en ese proceso somos libres por entero sin ninguna suasión que estire de nosotros para llevarnos hacia ellos? Me temo que no, y ahí está el problema del mal. ¿Anida el mal en nuestro corazón y por eso nos dejamos suadir por esos puntos atractores diferentes a Ω ? ¿O acaso el mal está en esos puntos desviadores de nuestra verdadera

naturaleza, haciéndose con nosotros con violenta suasión para conducirnos a otros lugares que desembocan en la nada? Las páginas primeras de la Biblia relatan ese proceso tan sutil. Siendo así, nuestra acción, ahora, lo es de apeoramiento, es decir, de pérdida de la belleza que nos corresponde en nuestro ser en plenitud.

La belleza es cosa bien objetiva, dicen algunos. Unos, porque no pueden resistir que eso que ellos dicen que es bello, solo lo sea porque lo dicen. Otros, al estar encandilados con esa doctrina de los universales del ser, han aprendido muy bien cómo uno de ellos es la belleza, la cual está, por tanto, íntimamente ligada con todo aquello que es. Luego, tanto para los unos como para los otros, la belleza es cosa bien objetiva.

Siempre lo he dicho, también en torno a estos menesteres de la belleza, hacer la dicotomía objetivo/subjetivo, meternos en cuchicheos sobre objetividad/subjetividad, no es arte de una filosofía de la carne. Por tanto, no son herramienta filosófica decisiva. Tratando de la belleza se ve de manera esplendorosa. A lo más que puede ayudar una dicotomía como esta es para hacer un primer somero deslinde de nuestros decires. Nunca, creo, nos adentrará en la profundidad de la consideración de la belleza.

Cuando contemplo algo bello se me remueven las carnes. Las rodillas me tiemblan. Algo nace en mí que me rehace lo que soy. La contemplación de lo bello es una experiencia mía y muy mía. Algo grande para mí. Tras ella, soy distinto, otro. Soy más. Ese yo del que hablo, es obvio, eres también tú. Podrás decirme, sí, claro, pero estás hablando de una experiencia tuya y de una contemplación tuya; no estás hablando de la belleza en sí. Y al punto se me plantea una pregunta picajosa. ¿Dónde, cómo, quién habla de la belleza en sí misma, de la belleza objetiva? No veo dónde puede surgir la exclamación de asombro, puro grito: qué belleza, si no es de ti o de mí. Miro alrededor y solo te encuentro a ti y a mí; solo tú y yo estamos ahí para poder proferirla. Si oigo esa voz, debe ser la tuya o la mía. Ninguna otra. A no ser la de Dios —y también la de los ángeles?—, pero esta consideración la dejamos para más adelante, sabiendo, en todo caso, que no somos vicedioses, sino puros yoes de carne sanguinolenta y húmeda. Puede acontecer que la misma materia sea bella, es cierto, veremos al final que lo es, y de qué manera, pero, de nuevo, esa es exclamación nuestra, tuya o mía, o de Dios que afirma la belleza de su obra, pero, repito de nuevo, esta última consideración podrá

venir, si llegáramos a ella, después, mucho después. Porque la materia bella, si lo es, no exclama: qué bella soy. Esa exclamación solo es o tuya o mía.

Luego la belleza es subjetiva, se empeñan algunos. No. ¿Será subjetivo el mundo? El proceso de conocimiento y de exclamación ante él es parejo. Esto no nos lleva a decir: el mundo es subjetivo o, todavía peor, nosotros producimos el mundo con nuestro pensar. Se ve, pues, espero, que adentrarse en estos vericuetos con el cazamariposas de lo objetivo/subjetivo es muy poco provocante. Entiendo que, como algunos matemáticos hacen tras los Poincaré, podríamos considerar que «la intuición temporal del dos-uno —de un ahora que ya ha pasado, y que se repite constantemente—, es la intuición central de la matemática», la cual crea los números uno y dos, y, con idéntico proceso, todos los números ordinales finitos, desde el más pequeño hasta el mayor de todos. ¡Uy!, desgraciado, me espetáis, explicas lo sencillo con lo complejo e ininteligible. Labor de filósofo, por pequeño que sea.

Debería proseguir con lo de la belleza, pero antes de ello volveremos a la cuestión del mal. Porque en la metáfora del diábolo puede darse un malentendido. Por un lado están nuestras líneas de universo que convergen al punto Ω ; punto de belleza extrema. Parte de él un espacio infinito [ámbito, más bien, pues nada tiene que ver con la primera de las internalidades] que si lo atravesáramos nos adentraría —¿podremos?, ¿podríamos?— en lo superior del diábolo. Ese es el ámbito de Dios. Mas, por otro lado, estaban los demás puntos de convergencia, a los que también hemos calificado de quién; tampoco para ellos nos ha bastado con un mero qué. Pero, atravesándolos —qué digo, ¿podríamos atravesarlos?, ¿desembocan en algún otro ámbito que, como lo he calificado, sería el de la nada?—, si fuera así, deberíamos poner diábolos torcidos, con la parte superior que se ancla en cada uno de esos otros puntos atractores. Pero, si así fuera, se daría existencia real a la nada. Habría allá arriba, en las partes superiores de cada uno de los diábolos, el espacio o ámbito de Dios y el espacio o ámbito del mal, en el que este sería señor.

Todo lo que vamos pensando, sin embargo, nos lleva a ver que no es así. Dijimos que el punto Ω es punto de convergencia de lo que somos por naturaleza —naturaleza según mis maneras, claro—, que se nos da en quien tiene realidad en sí, por nada alguna de nuestras virtualidades. Con realidad de ser en completud. Acto de ser que nos dona el ser; que da el ser de todo ser. Ninguno es un ser que no tenga en él principio y fundamento. Pero, en-

tendiendo lo que vengo diciendo de modo atrabiliario, podría pensarse que los otros puntos atractores son, en su ámbito, seres en completud que allá nos dan otro ser en plenitud. No, precisamente allá lo que se nos da es un ser faltante, un ser que se cierra a su plenitud; que se empotra en un punto atractor en el que no encuentra salida alguna; que a ningún lugar le conduce, como no sea a embutirse en sí mismo y en quien le atrajo a ese punto. Punto de aplastamiento final, de perdición de sí, en el que la naturaleza del ser en plenitud que se nos ofrecía se nos convierte en desmochamiento de ser, en mero no-ser, siendo ser en mera defectividad, [defectividad culpable esta vez por negar su propia naturaleza de ser]. No punto de arribada plena, sino punto de encerrona, de pérdida de la libertad de ir, estirado desde él, hacia el punto en el que se nos da nuestro propio ser natural. Punto, pues, de antinaturalidades para nosotros. Punto fuera de toda belleza. Punto en el que quedamos abocados a la negrura de quien nos dejamos atraer. La negrura del mal. Si queréis, la negrura del malo.

Caminos, por tanto, sin salida. Promesa de libertad absoluta en un más allá del punto de convergencia de torcimiento, que, sin embargo, carece de ese más allá. Es un cono cerrado, no un diábolo. Aplastamiento en la nada de esa convergencia, en las estrechuras negras del no ser lo que hubiéramos podido ser, lo que toda nuestra naturaleza empujaba a ser por la suave suasión que desde el punto Ω , punto único de diábolo, estiraba de nosotros hasta llevarnos por puro enamoramiento de bien y de belleza a su ser, mejor, hacia su ser en completud que nos dona el ser en plenitud. Los otros puntos de convergencia, en cambio, son puntos de desfallecimiento y de muerte. Desfallecimiento y muerte del ser en plenitud, para quedar encerrado en el negro y frío no ser. No ser aquello que hubiéramos podido ser. Aquello a lo que, en libertad, estábamos destinados.

¿Podemos escrutar con la belleza lo que estoy diciendo? El amejoramiento, la convergencia hacia el punto atractor, ¿nada tendría que ver con ella?

Nos fijaremos en tres cosas. Lo que llamo nuestra naturaleza, las líneas de universo que convergen hacia el punto atractor Ω y el ser en plenitud. Sorprende la cuidadosa perfección de nuestra naturaleza, construida desde la imposible-posibilidad: la conmovedora complejidad de la conjunción de carnes con su exactitud meridiana, que jamás deja de ser una perseverancia húmeda, nunca meramente lógica; el juego de la retroducción que en círculo

gigantesco nos hace seres hablantes con pasmoso espesor de memoria e imaginación creativa llegando a nosotros desde lo que parecería puro futuro, mero futurible, cuando es, desde allá, realidad carnal para nosotros. Realidad con espesor de logos. Llama la atención cómo vamos construyendo nuestra vida, diseñándola mediante esas líneas que llamo de universo, pues envuelven todo lo que somos en nuestra carne, mejor lo que vamos siendo y lo que hemos de ser, desde que comenzamos a ser, avistando ya lo que seremos, y tocan lo que nos circunvala. Líneas que no se desparraman en el agua del desierto rojo de nuestra vida casual e improductiva, sino que van convergiendo hacia un punto de más-allá, el punto Ω . Con espesor de convergencia circunvalada. Nos deja en los puros pasmos nuestro ser en plenitud que alcanzaremos en la convergencia del punto atractor Ω , pero que configura lo que somos desde el mismo momento en que comenzamos a ser —persona, persona individual y distinta a toda otra persona, aunque ligada en íntima solidaridad con todas las demás personas—, proporcionándonos la urdimbre segura de nuestro ser. Espesor asombroso de lo que somos, desde nuestro ir siendo hasta nuestro ser en plenitud.

La palabra espesor es esencial. Aún en el caso de que todo pudiera decirse en la superficie banal de lo aprendido en fotocopia recitativa, el espesor de belleza añade dimensiones esenciales. Sin su profundidad caliente, no hay ser; no somos ser, mas repetición aprendida.

El conjunto de los tres apuntes que acabo de fraguar, culminando y sintetizándose en nuestro ser en plenitud, expresa lo que somos. La complejidad inaudita de lo que somos. Complejidad unitaria, sin embargo, pues no somos haces dispersos de deshilvanadas líneas de universos, de puros juegos sanguinolentos, sino seres conjuntados. Con asombrosa facilidad de desquiciamiento, es verdad. Pero también nosotros ligados en conjunción unitaria por vínculo substancial. No seres dispersos. Nuestra vida tiene la belleza del conjuntamiento unitario; por más que seamos tan capaces de descerrajarlo todo dejándonos embobar hacia otros puntos atractores que, con un argüir de llamada libertad, violan la belleza de lo que somos en su complejo conjuntamiento.

Expresamos lo que somos. Pura belleza de que pueda ser así. Pura belleza de que sea así. Seres circunvalados por el círculo de tantas solidaridades, entre las cuales, como principal, está el punto Ω circunvalante. Pura belleza de ser lo que somos. Pura belleza del círculo del entretejimiento solidario.

Pura belleza del camino de convergencia. Pura belleza de las tríadas que, en el ir siendo, acomodan nuestro ser. Pura belleza del juego retroductivo. Pura, purísima belleza del punto Ω .

Así, vivimos desde el mismo comienzo de ser lo que somos, persona, inmersos en una belleza fundante. Belleza de la urdimbre de lo que somos. Belleza del lugar que estira de nosotros donándonos nuestro ser en plenitud. Belleza del discurrir de nuestra vida. Conmovidos por la belleza. Nuestro destino es la belleza. Espesor de la belleza en nuestra vida, mejor, en lo que somos. Sin el esplendor de la belleza, no somos. Si se nos oculta, comenzamos a no ser.

El sentimiento tiene que ver con el mejoramiento y el apeoramiento, con el bien y el mal, por tanto. Tiene que ver de manera extraordinaria con el espesor cálido de la belleza. Es la esencia misma de nuestro ser carne. Carne siempre llena de humedades. Nunca de sequedades. Aunque muchas veces atravesemos desiertos irresistibles y llenos de paradojas. El sentimiento es aquello que hace que seamos. Mezcla sanguinolenta de lo que somos. Razón, deseo, imaginación, todo ello estratificado en el sentimiento. La carne enmemoriada es la fuente del sentimiento. En ella encontramos lo que hemos sido, siendo lo que somos; lo que vamos a ser. Carne sentiente. Inteligencia sentiente, decía Zubiri con razón regocijada. Deseo sentiente. Imaginación sentiente. Puro sentimiento, sin dejar en ningún momento de ser también y a la vez, en extremado arrebujó, razón, deseo e imaginación. Razón sentiente. Nada tenemos de un gran cerebro inmerso en una piscina de formol y con hilos por los que bullen estímulos y reacciones para menear musculines. Esa es una humedad secante. La nuestra es humedad de carne. De amores, de cariños, de ternuras. Pero también de odios, de murmuraciones, de puñaladas, de violaciones.

Y la sentimentalidad, ¿qué es eso que rechazo con tanta energía? Lo rosáceo, lo mentiroso, lo engañoso, lo que nos arrastra hacia los que nos mandan. Lo que quiere abrirnos las faltriqueras y comprarnos cuerpos y almas. Lo que, cuando somos puros cerebrines materiales, y todo nos va empujando hacia ello, debemos reservar para el retrete de nuestro corazón, que se llena de cánticos aleluyosos. Lo que vemos de continuo, bueno, quien los vea, esos horrisonos programas berreantes de puro encuentro de emociones lloriconas y provocadas por el sobre de los dineros. Lo que te llena de gaseosida-

des, cuando no de ventosidades, para que no sepas ni quién eres tú ni quien soy yo ni quien es nadie. Porque para los que nos empujan a las sentimentalidades es decisivo que nos dejemos hacer y nos abramos de faltriquera. Y ese en nada es ámbito de la belleza.

Me parece decisivo no engañarse en esta distinción esencial. Confundir sentimiento con sentimentalidades endurece la razón y la hace razón de cerebrín, pero no razón de carne que aspira a ser en plenitud. Y no vale la separación en ámbitos. Ni siquiera la razón que utilizamos en la ciencia es razón seca, sino húmeda. Nada de lo que hacemos no viene dado en el sopesamiento. Sopesamiento de humores, de pensamientos, de intenciones, de malquerencias y de alegrías. Insisto, ni siquiera la ciencia se hace fuera de este movimiento de razón sentiente. No verlo es dejarse llevar. Y, para colmo, cerrar el corazón al grito de lo que es. Es dejarse llevar por el encerramiento en el poder de los que nos mandan, bajarse los pantalones ante ellos. Razón húmeda es la nuestra, siempre; nunca otra. Solo ahí cabe la belleza.

Suasión de muerte; esta sí. Las realidades de aquella libertad como acto de inmisericorde voluntad de cada instante de nuestra vida, resulta que, al final, nos dejan exhaustos, rendidos ante la muerte, alejados para siempre de toda belleza. Nuestra muerte, la de cada uno, la de todos, sería, así, el único y definitivo punto atractor. Punto de atracción universal; este sí. Pero el camino que hacia ella nos lleva de modo inexorable sería camino de fatal apeoramiento. Todos los ríos llevarían al océano de la muerte. En definitiva, a disolvernos en el puro no ser. Y eso es todo. Ser-para-la-muerte. Seres-para-la-muerte. ¿Tal es nuestra naturaleza?, ¿cómo podría ser si hemos sido creados para la belleza? Si lo aceptáramos, se acabaría el problema, pero habríamos dado como cosa real, en definitiva nuestra única realidad, un punto atractor fuera de nosotros, cuya suasión manda lo que somos. Nosotros, que no queríamos suasión de estiramiento que viniera de nada fuera de nosotros mismos, porque sería limitar nuestro libérrimo acto de libertad voluntaria que en cada momento poseemos como nuestra verdadera realidad. Al decir hace un momento nuestra única realidad, queda claro que todo lo que pudiera parecer construcción de realidades, se constriñe, al final, en una única realidad, la verdadera realidad, una realidad-de-muerte, mejor aún, realidad-para-la-muerte. Ella sería nuestro punto atractor efectivo, real, constriñente, suasorio de obligación, pues nos quitaría, finalmente, toda libertad. Todo lo demás,

aventuras y desventuras de nuestro pequeño e insignificante vuelo de mosca en desatinado zigzag.

¿Qué pasa, entonces, con toda una antropología, que nos ha salido embrujada en una metafísica, como la que hemos desarrollado en una filosofía de la carne, que desemboca siempre en la felicidad de la belleza? Nada, de nada se trataría. Incoherencias. Vahídos alocados de un momento. Estertores de muerte. Imaginaciones de una virtualidad falsa que nada tiene que ver con nosotros, pues en definitiva nuestro ser es muerte, ser-para-la-muerte. ¿Qué pasa con nuestra carne enmemoriada, con aquella que llamábamos marantizada, con esta que, en la retroducción, se convertía en hablante? Nada, todo ilusión de un momento, que no da ningún juego, pues rotunda imaginación falseadora de lo que en realidad somos. ¿Deseo? Sí, de caer en la muerte. ¿Imaginación? Sí, de entierro. ¿Razón? Sí, parcialidad que espera el puro festín de los gusanos. ¿Punto de llegada? Sí, claro, el aniquilamiento en el ser-para-la-nada. Ni siquiera un breve aleteo, pues nadie estará ahí para recordarlo, para hacer memoria de él. Quien crea hacer memoria, simplemente, estará él también a la espera de su propio olvido. Como la memoria no se marantiza, no hay rasgo, no hay marca, ni siquiera huella digital. Nada queda. Todo pasa. Porque nada es.

¿Son así las cosas? ¿Pueden ser así? ¿Acontecerá que nuestro único fundamento de realidad es la desaparición en la calentura fría de las galaxias? ¿Quién gritará extasiado en su asombro: qué belleza? Todo, sueño de la vida breve. Miramos lo que hemos de ser y ya no somos nada. Porque nuestra mirada, suceda lo que quiera con ella, es siempre reductiva de más allá. Pero, ahora, nuestro más allá es la mera muerte. Muerte de desolación. Muerte, en definitiva, de meros qués, pues ningún quién nos atrae y ningún quién nos sobrevivirá. ¿Enamoramiento de un quién? Sí, pero mera vanidad de un instante, sin continuación, sin futuro, como no sea la acequia de la muerte. Por eso nuestro ser tendrá ya desde ahora la aridez y el rigor de lo muerto, de lo frío, de lo que comienza ya desde ahora a descomponerse en materia sin calentura, sin humedad. Porque nuestro destino sería así la sequedad brusca de la muerte, de lo muerto, de lo sin ser. ¿Quién es, nos preguntarán al llamar? Soy yo, será nuestra respuesta, el muerto viviente. El viviente que ya está muerto.

¿Es ese nuestro destino?

Predisposiciones y naturaleza. Debemos continuar este cavilar rumboso sobre la libertad, tan entrañado en el mejoramiento y la belleza.

Hace años, en mi lectura bastante continuada de Karl Popper, con el que tanto me ligaba el interés por la ciencia, sobre todo física, recuerdo, hablando de probabilidad, que empleaba una palabra sorprendente: las piernas tienen tendencia a romperse, es decir, tienen la predisposición de romperse. La cuestión de la probabilidad es intentar numerar de manera racional esa predisposición entre la probabilidad 0, imposibilidad de la ruptura, y la probabilidad 1, su seguridad. Me llamó la atención sobremanera. De ahí salen las mías: tenemos predisposiciones a ser libres. La estructura de la materia que nos constituye, lo que nos hace hombres, el ADN y tantas ordenaciones biológicas que configuran lo que somos de principio y que llevamos con nosotros durante todo el tiempo que somos, nos predisponen a tener grados de libertad que ningún animal ni galaxia poseen. Nosotros estamos abiertos a ir haciendo cosa nuestra grados de libertad que se entretejen de asombrosa manera. De este modo, lo que aparecería como puros constreñimientos, constricciones que nos apretujan, son para nosotros predisposiciones para nuestros actos de libertad; actos de libertad que desembocan en el ámbito real de la belleza. Ningún otro animal o galaxia contienen en su estructura material esas predisposiciones. Nosotros, sí. Es verdad que este o el otro individuo de los nuestros, persona, por tanto, como nosotros, puede cegarse en esta o la otra predisposición, con malformaciones terribles o enfermedades ásperas, de manera que en él ni se haga ni se pueda hacer verdadera realidad esa expansión tan sorprendente como maravillosa de nuestros grados de libertad. Pero a quien le acontece esto lo tenemos siempre como uno de los nuestros, aunque viéndole se nos parta el alma, persona como nosotros somos persona. Seres deficitarios, pero a los que nosotros, con nuestro cuidado de ternura infinita, les ofrecemos ser personas como nosotros, nuestros iguales. También ellos, aunque solo fuere de este modo, en pura donación de lo que podríamos pensar que no hay, reciben su ser en plenitud.

El conjunto de nuestras predisposiciones, la conjunción empastada de nuestras predisposiciones, constituye nuestra naturaleza. Y nuestra predisposición más nítida es ser de amorosidad —amorosidad de la belleza—. Ningún otro animal ni galaxia tiene esa conjunción empastadora. Tampoco le cabría. Por la misma estructura de su adentrarse en el ser, nuestras predisposiciones no son cosa suya. No pueden ser cosa suya. No les alcanzaría en su

ser. Por ejemplo, les faltará el curvamiento sobre sí mismos que es cosa tan esencial en lo que somos. Tenemos predisposición a ese curvamiento. Predisposición a constituir en nuestras interioridades un punto central al que todo se allega y del que todo lo nuestro dimana. Ningún animal ni galaxia dispone de esa predisposición de nuestras estructuras materiales, nuestro ADN, nuestra biología, la disposición de nuestras manos prensiles, y tantas otras cosas. ¿Quién nos las ofrece? Nuestra naturaleza. Nótese que esta noción nunca puede significar nuestros pensamientos sobre lo que somos —mucho menos habla, sin más y de primeras, de mejoramientos y apeoramientos éticos—, sino la experiencia de lo que somos. No somos animales idénticos sin más a los otros animales ni somos como las galaxias. Tenemos algo singular, ligado, claro es, a todos los demás seres materiales: predisposición a ser según nuestra naturaleza. Y nuestra naturaleza se abre a la belleza.

La belleza de la materia; volvamos a dar vueltas sobre ella en difícil rumiar. Para considerar la belleza, debemos tener en cuenta tres polos: el obrador, la obra de arte y el veedor. No puede faltar la obra de arte, el constructo de realidades que el artista-obrador ha obrado. Sin ella no puede hacerse ninguna consideración de belleza, pues no se da su materia. Y la obra de arte es constructo material. ¿Para quién ha sido hecha? Para el sí mismo del artista, para el guitarrista y para la luna². Para el veedor. Es obvio que el artista la ha hecho porque en ello le va la vida —quizá, horror, los dineros de su faltriquera—. Sin veedor, no hay obra de arte. Por eso, en última instancia, sin veedor no hay belleza. Fíjate, utilizo una expresión engelsiana —sí, de Engels— de la que no pocas veces me he mofado un tanto. Ahora bien, si toda obra de arte es creada para un veedor, ¿dónde nos cabe aquí la gratuidad?, ¿qué pasa con la cantidad de florecillas pequeñas que están en los campos, muchas de las cuales nunca nadie las ha visto ni las verá jamás? ¿Dejan

2 Cf. *Paralipómenos* 623: «Porrina de Badajoz era uno de los más grandes cantaores de flamenco de mediados del pasado siglo. Una vez fue invitado a una fiesta por lo grande en el palacio de un duque. Antes estuvo ensayando en privado para hacerse con el lugar y la situación. Era un día de hermosa luna llena. El duque le escuchó furtivo. Al finalizar, trepidante, saltó de su escondite y le espetó a Porrina: ¿cuánto le doy por cada fandango y jaleo que ha cantado? Usted no me debe nada, respondió, pues no he cantado para usted: he cantado para mí, para mi guitarrista y para la luna. Esta hermosura, profunda como los ojos negros, se la he oído contar en Radio Clásica a José M^a González-Gaztelu».

de ser obra creadora?, ¿dejan por eso de ser bellas? La obra de arte, añado, está fuera de mí, completo yo por mis muchos pecados. ¡Ciertamente!, pero incluso la obra de Dios, el mundo, está fuera de él. Entonces, ¿por qué dice san Pablo que en él somos, nos movemos y existimos? Si somos en él, no estamos fuera de él.

Por ahora me voy a fijar solo en la primera pregunta, más filosófica, dejando la segunda para algunas calendas advinientes, si quieren llegar.

¿Toda obra de arte es creada-para un veedor? Creo que el guión da una obligatoriedad con la que no estaría de acuerdo. El obrador-artista obra en pura necesidad de atosigue por los sentimientos de su vida. En el constructo de realidades materiales expresa su ser, sus sentimientos, su visión del mundo y de los demás, quizá de Dios. Pero queda ahí, arrojada en lo mundanal; obra material que cualquiera puede contemplar. Pues bien, mientras el veedor no se haga con ella y en ella exclame con desgarrador grito de asombro que en la obra —obra de arte ya por su mirada— encuentra expresado lo que él viene siendo, mejor, lo que él va a ser, con voluntad decidida de serlo en los más allás de su mismo ser, algo esencial falta. Pues el polo de la recepción expresiva cierra el círculo de la belleza. ¿Os imagináis a un Dios creador que crea el mundo en todo el esplendor de su obra, obra de arte, obra material de creación ordenada y de sublime belleza, que él en sus cuchicheos consigo mismo encuentra obra de perfecta belleza, pero que no tiene junto a sí, mejor, frente a sí a un ser que en su libertad, pasmado ante ella, grita: qué belleza?

La predisposición puede valernos también acá. El artista produce su obra, dejándola allá, fuera de sí, como obra artística: conjunción específica de materialidades reunidas en unidad —esta tela, este marco, estos pigmentos, estas pinceladas, estas relaciones con otras obras de arte, estas intencionalidades, etc—; ahora bien, tal unidad material de mecanicidad tan específica tiene la predisposición de ser mostrada al veedor; de que este pueda hacerla suya con los ojos y sus pálpitos. ¿Las florecillas de los campos?, puede que, conjunción específica de materia, también hayan sido obradas de manera que tengan la predisposición de que al ser vistas por ojos y pálpitos provoquen la admiración del veedor. Mas, de ser así, debería pasarse por una intencionalidad: del azar, que las produjo, o de Dios, que las creó. Pero en una primera mirada la obra de arte es producción nuestra, de la conjunción de carne que somos cada uno de nosotros y que, también, a su manera, es nues-

tra sociedad. La torrentera de ruidos de las cataratas del Niágara no son música, aunque puedan extasiarnos en su sonido. En este caso, cuando no hay voluntad explícita de producción de una obra de arte, sino que se trata de una de las realidades naturales del mundo, para considerar su belleza, debemos pasar más claramente por el veedor, que es quien las interpreta como obras de belleza, aunque, a la vez, quede más explícito que se trata de algo que contiene cabe sí eso que llamamos belleza, como las florecillas, que son tan bellas aunque nadie las vea nunca en el corto espacio de su vida.

Ciertas cosas, ciertas conjunciones de cosas, ciertas unidades de materialidades reunidas de una manera concreta, y no de otra, tienen predisposición a despertar en nosotros, en la mirada del veedor, la admiración de la belleza. Es decisivo su conjuntamiento. No es lo mismo ver en los campos una boñiga, con sus olores y sus moscas azules, que una flor, con su ropaje de colores olorosos. De un punto de vista factual ambas son continentes de belleza; pero, también aquí, unas más que otras.

Es esencial, pues, el conjuntamiento. La predisposición tiene que ver con el conjuntamiento, y este se da para una mirada; además, no hay belleza sin conjuntamiento. Las unidades materiales conjuntadas lo son para un veedor. Desde un cierto punto de vista podemos decir que todo, todo lo que tiene realidad de existencia, es bello. Pero eso es una extrapolación al conjunto de lo que, de verdad, decimos solo de ciertos conjuntamientos. Susceptibles, por supuesto, de educación. Los campos son bellísimos, pero quizá uno haya tenido que leer poesía para caer en cuenta de ello, para hacerse con lo que antes solo era pura predisposición. Debe haber una realización de ella, una obra que viene de la mano del veedor. Es verdad que la obra de arte producida por el artista —si quieres, la creación de Dios— tiene ínsita esa predisposición a ser cosa bella para quien la mira, pero mientras no es mirada por el veedor, extasiado en su contemplación, falta algo decisivo. Se trataría de una predisposición que no llega a ser realizada en verdad, como cosa verdadera que la conjunción unitaria de materialidades encierra cabe sí, más allá de las puras materialidades que la constituyen —al principio las mencioné en su detalle—; la obra de arte es más que la suma de sus materialidades constitutivas. En el artista que la concibió, pues expresa lo que este quiere y lo que este es. En la obra de arte, que recoge en su materia lo que es ya más que materia. En el veedor, que la contempla.

Temas que todavía deberían tratarse más y mejor: la libertad, el mal, la experiencia, el alma, la nada, el espesor, los sentimientos, las predisposiciones, la naturaleza, el mejoramiento, el diálogo fe-razón, la sacramentalidad, la creación, y varios más que no soy capaz de leer en la lista que me he garrapeado. Todo esto envuelto, siempre, en la cuestión de la belleza de la obra de arte, por más que cosa estrictamente material.

Todo ello nos hace ver la increíble belleza de la creación.